

PRIMERA PARTE DE LA TRILOGÍA

# *Mentiras y poder*



*Jorge de Alba*



# MENTIRAS Y PODER

Jorge de Alba

Mentiras y poder

©Todos los derechos reservados.

©Jorge de Alba

1ªEdición: Enero, 2019

*Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.*

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.*

I

II

III

VI

VII

VIII

IX

# I



Lucía estaba desnuda, parada frente a un gran espejo en el interior de su baño. Fernando, su esposo, la esperaba frente al ordenador mientras enviaba algunos correos electrónicos urgentes del trabajo. Ella sabía que debían salir pronto de casa, pues la cena en la casa de los padres de él comenzaría pronto; sin embargo, no podía dejar de ver su propio reflejo en el espejo.

No se trataba de vanidad, en lo absoluto. Ella se veía a sí misma y casi no podía reconocerse. Contaba con treinta y dos años y su rostro puede que denotaba un poco menos de edad, pero ella podía notar en su imagen que los años estaban pasando por ella y que en sus ojos se podía ver con claridad que tenía mucha más edad de la que realmente tenía. Solo quien la viera directamente a los ojos, podría percibir cómo en ella han pesado los años, tan pesadamente. La falta de alegría causaba ese efecto.

Una vez que estuvo vestida y maquillada, bajó las escaleras de la casa; en dirección a Fernando y a su pequeño hijo Santiago. Como era habitual, Fernando, ya en la sala, ni siquiera reparó en el aspecto de su esposa, solo

hizo un gesto de hastío por el tiempo esperado y se dirigió hacia la puerta con su hijo de la mano. Lucía los siguió a ambos, no sin antes suspirar.

- Mamá, estás muy linda. –le dijo Santiago, sentado a su lado en el coche.
- Gracias, mi amor. Tú estás muy guapo también. –le dijo ella y le dio un beso en la mejilla.

Fernando ni siquiera giró su cabeza para escuchar la conversación entre su esposa e hijo, estaba muy entretenido enviando algunos mensajes de texto. Durante el camino, solo se escuchaban las voces de Lucía y Santiago conversando. Ella siempre trataba de tener una sonrisa para su pequeño. Ella consideraba que él era la felicidad de su vida y no importaba lo triste que se sintiera, tenía para él una sonrisa y una caricia en todo momento.

- Vamos, Santi. Ya llegamos. Recuerda darle un abrazo a tu abuelo. –le dijo Lucía a su hijo mientras se bajaban del coche.
- Padre... -dijo Fernando al encontrarse con su padre en la sala de la casa.
- Fernando, ¿dónde está mi nieto? –le preguntó.
- ¡Abuelo! –gritó Santiago corriendo en dirección a su abuelo.
- Santiago, ¿cómo estás? –saludó Lucía a su suegro como siempre, con distancia.
- Muy bien, Lucía. Me alegra que ya estén aquí. Pasen, estamos sentados en el patio. Las chicas ya llegaron. –Santiago abuelo se refería a sus hijas, Rafaela y Mariela.

La casa de los Ávila era inmensa, digna de una familia que poseía la empresa de bienes raíces más importante del país. Era un lugar inmenso, lleno de lujos por doquier; con un número desconocido de espacios que la familia no

utilizaba: piscinas, canchas de tenis, cine, gimnasio y muchísimo más. Por lo menos tenían un mini campo de golf que Santiago nieto disfrutaba mucho; lo que a su abuelo enorgullecía, pues no era común que un niño de tan sólo diez años de edad se interesara por un deporte de tanta clase. Estaba convencido de que ese pequeño era su premio mayor en la vida; su nieto mayo y único por el momento.

- Carmen, qué gusto verte. ¿Cómo estás? —Lucía saludó a su suegra, quien era probablemente la única persona que le agradaba de la familia de su esposo.
- Hola, linda. Esto bien, alegre de tenerlos hoy aquí. —ella la saludó con un efusivo abrazo.

El resto de la familia se saludó con la seriedad propia de los Ávila. La cena era con ocasión de la celebración del inicio de un nuevo año, como en la mayoría de las familias esta era una tradición sagrada. Ya todos los integrantes estaban en el lugar, Santiago abuelo jugueteaba un poco con su querido nieto, Lucía escuchaba con poca atención la conversación de su suegra mientras miraba periféricamente a su hijo, Fernando se preparaba un whiskey y las chicas conversaban, no entre ella sino a través del móvil.

Comenzaba un nuevo año, y la verdad era que Lucía no tenía ninguna resolución como suelen hacer la mayoría de las personas. Hacía mucho tiempo que había renunciado a anhelar. Sus deseos eran bastante modestos: estar cerca de su hijo y poder ayudar a su padre a continuar con el negocio familia.

Ella trabajaba con su padre en la sastrería de su propiedad, desde que tenía uso de razón; aunque estuvo sin trabajar con él durante un periodo de tiempo que le pareció eterno, desde el momento cuando se casó con Fernando hasta

que su hijo cumplió cinco años. Se le había dificultado mucho volver a la sastrería, ya que Fernando no estaba de acuerdo con que ella trabajara. Sin embargo, después de un tiempo él reflexionó y se dio cuenta que si ella estaba centrada en el trabajo, él podría estar un poco más fuera de su radar; entonces accedió.

De hecho, Lucía y Fernando se habían conocido en la sastrería, pues Santiago Ávila era el propietario del local donde Doménico, el padre de Lucía, había instalado su sastrería. Santiago solía ir a la sastrería en ocasiones y en algunas de esas ocasiones llevaba a su hijo, por lo que Lucía y Fernando coincidieron en el lugar cuando eran muy jóvenes; sin embargo, él no notó la existencia de ella sino hasta que su desarrollo físico se había completado y la había transformado en una mujer hermosa.

- Hola, ¿desde cuándo trabajas aquí? –le preguntó Fernando de manera pícaro recostado del mostrador en dirección a Lucía.
- Desde siempre, nos hemos visto algunas veces. –le dijo ella, extrañada de la atención que en ese momento obtenía de él.
- ¿De verdad? No sé cómo es que no me había dado cuenta. –él le sonrió.

A Lucía, Fernando no le había causado nunca una impresión que valiera la pena recordar. Como muchos jóvenes que iban al lugar con sus padres, a ella le dio la impresión que no era sino un chico mimado de familia adinerada que creía que era más que los demás. Sin embargo, algo en ella comenzó a cambiar cuando él le dirigió la palabra; tuvo la idea de que quizás se había equivocado con él.

Fernando comenzó a aparecer de pronto cuando ella estaba saliendo de la sastrería rumbo al instituto de diseño donde ella estudiaba. Entonces se

ofrecía a llevarla y aprovechaba el camino para decirle lo hermosa que le parecía que era. Ella por primera vez se sentía adulada y deseada; y le causaba un mayor impacto viniendo de uno de los integrantes de una de las familias más adineradas del país.

Él la llenaba de regalos que ella nunca soñó tener y le robaba besos furtivos mientras iban camino al instituto. Un día Lucía le pidió a Fernando que hablaran con sus familias acerca de su relación, pues se sentía un poco mal porque todo parecía demasiado escondido. Fernando no reaccionó de la manera que ella esperaba e incluso se desapareció por algunos días; Lucía se sintió tonta y arrepentida, lo había presionado.

- Hola, guapa. –regresó de pronto Fernando algunos días después.
- Hola... ¿dónde has estado? No sabía nada de ti. Pensé que...
- Estaba ocupado. Nada más. ¿Me extrañaste? –le preguntó él tomándola de la mano.
- Sí, mucho. –le dijo ella un poco tímida.
- Yo también. Estuve pensando un poco en lo que me dijiste de nuestras familias y creo que tienes razón. –le dijo él.
- ¿De verdad? –Lucía no pudo disimular su sorpresa.
- Sí, claro. Aunque no estoy muy seguro de cuál es nuestra relación. Solo hablamos un poco, nos besamos poco también; creo que deberíamos dar el siguiente paso para poder hacer partícipe a nuestra familia de nuestra relación.
- ¿El siguiente paso? –Lucía tenía una idea clara de la referencia que estaba haciendo Fernando y sintió bastante inseguridad al respecto.
- Sí, si realmente quieres ser mi novia. No me respondas en este momento. Piénsalo y lo hablamos mañana. –él le dio un breve beso en los labios y salió del coche para abrirle la puerta.

Durante aquella jornada, Lucía no pudo concentrarse en sus clases; no podía pensar en nada más sino en lo que Fernando le había dicho. Ella nunca había intimado sexualmente con ningún hombre y no estaba segura de estar preparada para ello; sin embargo, sabía que Fernando hablaba de eso. En otras circunstancias, se habría negado inmediatamente, pero había sentido el dolor de perderlo y de verdad se había dado cuenta que no quería salir de su vida.

Por primera vez, sentía que alguien la veía y no era cualquiera; era un chico guapo, elegante y de mucha clase. La respuesta le pareció clara, aunque no se sentía bien pensando en lo que debía hacer. Le gustaba la cercanía de Fernando y sus besos la emocionaban, pero la sexualidad, para ella, era aun un tema fuera de orden.

Al siguiente día, Fernando volvió a buscarla y sin siquiera saludarla, la miró fijamente en busca de una respuesta. Lucía supo lo que deseaba saber, asintió con su cabeza y bajó la mirada. Entonces, Fernando sonrió, la tomó de la mano y la guió a su coche. Durante el camino, él conversó de manera casual, sin nada resaltante. Lucía se dio cuenta que el camino que seguían no la llevaría al instituto donde ella estudiaba; por lo que su corazón comenzó a latir velozmente. Pensó que tendría algún tiempo para asimilar aquella decisión, pero se había equivocado.

Fernando giro rápidamente la llave del coche para apagar el motor, Lucía miró por la ventana y se encontraban en el estacionamiento de un hotel. Él se bajó del vehículo, le abrió la puerta a Lucía y la tomó de la mano. Ella se dejó dirigir, aunque estaba aterrada, al punto en el que casi no podía caminar.

Ya dentro de la habitación, Lucía se quedó parada frente a la cama observando todo el panorama. Era una habitación de muchos lujos, con una

limpieza impecable y con música de fondo. Fernando estaba sentado en el borde de la cama esperando que ella se uniera a él.

— Ven. —le dijo él con voz suave y extendiéndole su mano.

Ella lo tomó de la mano y se sentó al lado de él. Apenas ella pudo respirar cuando él ya estaba besándola y tratando de tocar sus senos. Lucía se sintió abrumada, pero sabía que en este punto tendría que mantener su decisión. Enseguida sintió el peso de él sobre ella. Él era un caballo desbocado que la apretaba con sus manos y lamía todo su cuerpo.

Fernando la desvistió con habilidad y luego él quedó también desnudo, mostrando la gran erección de su miembro. Él tomó la mano de ella y la dirigió a esta erección. A ella le pareció una sensación muy extraña el calor que él le transmitía. Entonces, él se posó entre sus piernas, con una mano tomó su miembro y lo empujó en el interior de ella. Lucía sintió una fuerte presión en el interior de su vientre y se tuvo que sostener de la espalda de Fernando para resistir. Aun no se había reducido el dolor cuando él comenzó a balancearse sobre ella.

Los jadeos de Fernando movía la cama y sus resoplos se extendían por toda la habitación. Lucía seguía asustada y la sensación en su interior era algo inexplicable para ella. Aunque no podía percibir el placer del que le habían hablado, se sentía bien por ser el centro de atención de Fernando y por tenerlo tan cerca de ella. De ahora en adelante, ella formaba parte importante de él y él de ella; era el pensamiento que se apoderaba de la mente de Lucía.

Después de algunos minutos, notó que los movimientos de él se hacían más bruscos, su rostro se enrojecía, sus músculos se tensaban y sus jadeos eran más potentes; hasta que cayó exhausto sobre ella. Él se hizo a un lado, suspiró y unos segundos después se había dormido profundamente.

Lucía tenía muchos sentimientos encontrados. Pensaba que aquello no había estado del todo bien, pero que deseaba tanto estar cerca de Fernando que valía la pena. Mientras él dormía, ella trataba de deducir qué pasaría de ahora en adelante, si ahora que habían llevado la relación a un nivel tan íntimo entonces él se decidiera a formalizar delante de las familias y a darle un espacio importante en su vida. Aquella idea le hacía mucha ilusión, así que se aferraba a ella.

- Vístete. Te llevo a tu casa, no quiero que tu padre se moleste contigo. –le dijo él al despertarse.
- Está bien. –ella atendió a su petición.

Durante el trayecto, Fernando estuvo muy callado y Lucía no sabía qué decirle para romper con aquel silencio extraño. Sin embargo, no encontró la forma; supuso que era normal cierta incomodidad después de los que había sucedido entre los dos. Él se estacionó a una calle de la casa donde ella vivía con su padre, pues no quería que lo viera dejando a Lucía frente a la casa.

- ¿Nos vemos pronto? –le preguntó ella antes de bajar del coche.
- Sí, claro. –respondió él sin mirarla y en un tono seco.

Apenas ella cerró la puerta del coche él arrancó a toda velocidad, dejándole a Lucía una sensación extraña y amarga de profunda soledad. Ella caminó a paso firme hacia su casa, apenas saludó a su padre al entrar y enseguida se encerró en su habitación. Trataba de no dejarse llevar por su intuición, pues ésta le decía que había sido todo un gran error y que no volvería a ver a Fernando. Sin embargo, estaba muy equivocada, sí que volvería a verlo.

Al pasar de los días, Lucía sentía cómo aquella sensación de soledad se iba incrementando hasta embargarla por completo. Estaba distraída en el trabajo y los estudios, no lograba concentrarse en nada. En lo único en lo que podía

pensar era en el silencio y la soledad. Al principio, se preguntaba si había sido una tonta por creer que alguien como Fernando se fijaría realmente en ella; pero al pasar de los días y las semanas no tenía dudas, estaba completamente segura de que había sido la más tonta de todas.

A Lucía le costaba un poco comer y se sentía muy entristecida; así que cuando comenzó a sentir náuseas y una indisposición más severa, no se dio cuenta de que podía ser severo, pensó que estaba somatizando su depresión. Sin embargo, después de varias semanas de retraso de su periodo, su peor temor parecía hacerse realidad.

- Debes hacerte una prueba de embarazo. —le dijo Carlota, la prima de Lucía, en voz baja.
- No sé cómo hacerlo sin que mi padre se dé cuenta. Tengo mucho miedo. —le dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.
- Tranquila, quizás no es nada y estamos preocupándonos en vano. Conseguiré la manera de traerte una prueba. ¿Ok?
- Está bien. —ella asintió con miedo.

Carlota salió y en menos de treinta y cinco minutos estuvo de regreso; seguramente había corrido para llegar tan rápido. Se sentó en la cama, y Lucía a su lado, abrió la caja y comenzaron a leer las instrucciones. Una vez que pensaron que lo había comprendido, Lucía entró al baño con la prueba en su mano y poco segundos después salió. Ambas posaron su mirada en el pequeño plástico que daría los resultados. Unos minutos después, todo cambió; el resultado era positivo.

Los días que sobrevinieron fueron un torbellino lleno de emociones para Lucía. No sabía qué hacer, en cada minuto que estaba a solas no paraba de llorar. Necesitaba decirle aquello a Fernando y no tenía ni siquiera su número

telefónico. Recordó que su padre guardaba en las facturas los números de sus clientes así que buscó el de Santiago Ávila y llamó en repetidas ocasiones; sin embargo, Fernando no era el que contestaba nunca y ella no quiso preguntar por él.

- ¡Hija! ¿Qué pasó? –le preguntó su padre al sorprenderla llorando en la parte trasera de la sastrería.
- Nada, papá. No pasa nada. –ella trató de secar sus lágrimas con velocidad.
- Claro que pasa algo. Tienes varias semanas rara, no quería decirte nada; pero ya es suficiente. Me vas a decir qué pasa. –le dijo él con seriedad.
- No puedo papá. –le dijo con la voz entrecortada.
- Hija, puedes decirme lo que sea. Estoy para ti. Solo somos tú y yo, ¿cierto? Confía en mí, por favor. –le dijo su padre, casi como un ruego.
- Es que... estoy embarazada. Perdóname. –ella no pudo subir la mirada.

Lucía estaba esperando que su padre gritara, que le dijera lo decepcionado que estaba de ella y, probablemente, le exigiría que abandonara la casa familiar de manera inmediata. Pero su sorpresa no fue poca cuando en vez de reaccionar de esa manera, él la abrazó con mucho cariño.

- Tranquila, hija. Estamos juntos en esto. Tranquila. –le dijo con voz suave, haciendo su mejor esfuerzo por consolarla.

Una vez que ella logró calmarse, su padre quiso saber quien había sido el hombre en la vida de su hija. Ella se negó a decirle; sin embargo, su insistencia fue tanta que ella no pudo hacer sino confesarle la verdad. Su

padre suspiró y volvió a abrazarla. A pesar de todo, al sentir que su padre lo sabía todo y que la apoyaba, Lucía sentía algún tipo de tranquilidad; por lo menos no tendría que seguir ocultándole a su padre su situación, todo estaba dicho. Sin embargo, su tranquilidad no duro demasiado, pues al siguiente día su padre tomó un camino distinto; no iban a la sastrería.

- Papá, ¿a dónde vamos? —le preguntó ella sorprendida.
- Vamos a la casa de los Ávila. —le dijo él.
- No, papá. Por favor. —ella le rogó.
- Hija, no quiero nada de él, nada; pero esto es lo correcto. Esa familia debe saber que tendrán a otro miembro y también deben saber qué clase de hijo tienen.
- Siento mucha vergüenza.
- Yo estoy contigo. Yo te apoyo. —le dijo mirándola a los ojos.

La sorpresa de Fernando no fue poca cuando vio a Lucía y a su padre sentados en la sala de su casa. Lo habían mandado a llamar, pero no tenía la menor idea de los que se iba a encontrar y ante la visión que tenía no sabía qué esperar. Todos estaban en silencio mientras él caminaba hacia el mueble para sentarse. Fernando pudo observar que su padre tenía un gesto de molestia en el rostro que nunca antes había visto; estaba enrojecido con el ceño fruncido y se podía ver que sus manos temblaban ligeramente.

- Doménico y Lucía están aquí para contarnos algo que a tu madre y a mí nos parece completamente insólito. Realmente creí que te habíamos criado mejor Fernando. —dijo con voz profunda Santiago.
- Papá, yo no he hecho nada. —le dijo Fernando temeroso.
- Haz silencio y escucha lo que tengo que decir. Esta chica dice que está embarazada de ti. Si eso es cierto, quiero que sepas que vas a responder como un Ávila, como el hombre responsable y

respetable que debes ser, y te vas a casar inmediatamente con ella. Si aseguras que lo que esta mujer dice no es verdad, esperaremos a que ese niño nazca y le haremos una prueba de ADN; en el caso que esa prueba resulta positiva te puedes despedir de tu apellido, de tu familia y de tu herencia. Tú decides. Te escucho.

— Me casaré. —respondió él sin subir la mirada.

Como era de esperarse, en menos de un mes Lucía y Fernando estaba firmando el acta de matrimonio frente a sus familias. Ninguno de los dos estaba demasiado alegre, Fernando porque lamentaba terriblemente su suerte; tenía tantas mujeres que conocer y tantas aventuras que descubrir, pero ahora estaba amarrado. Lucía porque estaba completamente segura de que Fernando no quería estar con ella; sin embargo, en el fondo, ella pensaba que las cosas iban a mejorar, sobre todo cuando el bebé naciera.

Con el transcurrir de las semanas y los meses, la actitud fría de Fernando hacia Lucía no cambiaba. Le hablaba solo lo necesario y no había vuelto a acercarse a ella de manera romántica. Desde ese mismo instante, Lucía comenzó a sufrir, pero se refugiaba en la idea de que cuando su bebé naciera, nunca volvería a estar sola.

El padre de Fernando les compró una casa verdaderamente hermosa y con todas las comodidades. Fernando trabajaba con su padre y Lucía había tenido que renunciar al trabajo con su padre por decisión de su esposo; quien alegó que no quería poner en riesgo el embarazo.

Durante una consulta, a Lucía le dieron la hermosa noticia de que estaba embarazada de una niña. No podía sentirse más dichosa. Cuando Fernando se enteró, no hubo expresión de satisfacción o alegría alguna, le daba completamente igual. Constantemente, Lucía intentaba agradar a Fernando,

pero no lo lograba; él simplemente ni siquiera la determinaba.

Lucía lloraba amargamente; pero el verdadero sufrimiento comenzó una mañana, en la que se levantó muy temprano por un dolor en el vientre. En el baño, se dio cuenta que estaba sangrando y muy alarmada se lo dijo a Fernando. En pocos minutos, estuvieron en un centro asistencial. Después de una breve revisión, Lucía escuchó el diagnóstico más temido: había perdido a su bebé. Según el doctor, sus órganos reproductores tenía cierta debilidad y esto provocó que el feto se desprendiera. Fue una noticia devastadora.

Para Fernando también fue terrible. Había perdido a su hija, pero lo que más le dolía era que había perdido su libertad, para nada. Pensaba en que si hubiese negado rotundamente que ese embarazo fuera de él, ahora sería completamente libre. Aquello no sólo lo alejó más de Lucía, sino que hizo que desarrollara hacia ella un desprecio indecible; y ella lo sabía.

— Eres una inútil, ni siquiera puedes hacer lo que cualquier mujer haría; para lo que fuiste creada. —le dijo en más de una oportunidad.

En este punto, Lucía intentó separarse de Fernando, pero él no se lo permitió. Su padre no estaría de acuerdo con algo así y él no iba a darle un disgusto más. Así que ella sentía que no tenía escape, pero no quería vivir de esa manera; lo mejor era acabar con todo de una vez. Pero un pequeño acontecimiento lo cambió todo, la idea de procrear otro hijo se le metió a Fernando en la cabeza.

Lucía se sentía infinitamente triste, pensó que la idea era buena; pues un hijo le devolvería la razón para continuar con su vida. Así que asistieron a tratamiento médico para asegurarse de que esta vez todo fuera bien con el proceso. Lucía tomó un agresivo tratamiento por algunos meses para

fortalecerse y una vez que todo pareció estar a punto, bajo estrictas órdenes médicas, Fernando y ella comenzaron a tener sexo: tres veces al mes durante los días fértiles.

No había romance, ni seducción; él simplemente se disponía a realizar el trabajo encomendado y ella a soportar los minutos que él estaba sobre ella. Después de cuatro meses de intentos, Lucía se dio cuenta que estaba de nuevo embarazada. Ciertamente se sintió muy feliz de saber que tendría un hijo, pero también se sintió muy aliviada de saber que no tendría que seguir con los intentos de procreación.

Fernando estuvo satisfecho y una pizca de felicidad se le vio en el rostro cuando se enteró de la noticia; aun más cuando supo que era un varón. Le informó a Lucía que el hijo que llevaba en su vientre llevaría por nombre Santiago, igual que su abuelo. Decisión que llenó de gran alegría al padre de Fernando, que era lo que más le importaba a él.

## II



Cuando el reloj marcó la media noche, todos celebraron el inicio de un nuevo año. Lucía hacía su mejor esfuerzo por sonreír, se concentraba en lo único que llenaba su existencia: Santiago. Era un pequeño amoroso, noble y muy inteligente; era todo lo que ella podría pedir. Y ese pequeño le ayudaba a sobrellevar toda la tristeza que sentía.

- Quiero aprovechar la ocasión en la que todos están aquí para decirles algo. —expresó Santiago Ávila y todos hicieron silencio.
- Hace unas semanas atrás me hice unos chequeos de rutina y el médico diagnóstico que tengo un pequeño tumor que amerita tratamiento. No quiero que se preocupen. No es nada serio. Nos vamos a encargar de esto, pero me parecía necesario que se los comunicara. —anunció Santiago Ávila.
- Santiago, ¿por qué no me habías dicho nada? —le preguntó su esposa consternada.
- No quería preocuparte. Tranquila, no es serio. Voy a estar bien.
- Quisiera hablar con el médico, papá. —le dijo Fernando.
- No, no es necesario. Yo me encargaré de esto. Todos ustedes

continúen con su vida normal. –dijo casi como una orden.

A pesar del llamado de Santiago Ávila a la calma, Lucía tenía una sensación de gran preocupación. De hecho, aunque era tarde y estaba realmente cansada, no lograba conciliar el sueño. Ella no paraba de moverse en la cama, tratando de conseguir la comodidad esquivada.

- ¿Qué te pasa? –le preguntó Fernando despertándose con mal humor.
- Disculpa. Es que lo que dijo tu padre me dejó bastante preocupada. ¿A ti no? –le preguntó ella.
- Él dijo que no era serio. Va a estar bien. Ya duérmete o quédate tranquila. –él se volteó.

En ese momento, ella recordó por qué odiaba tanto dormir al lado de Fernando; no le veía el caso, aunque estaban casados, no había ningún tipo de intimidad entre ellos y no sentía la libertad de poder dormir como gustara. Como aquella noche, en la que no podía conciliar el sueño y hubiese preferido prender el televisor para distraerse un poco, pero sería inconcebible ante aquellas circunstancias.

Lucía no comprendía la razón por la cual no podían tener habitaciones separadas. Aunque estaban casados, pero no tenían la complicidad de una pareja, ni siquiera se agradaban. Cuando ella se los propuso, él se negó rotundamente. Ella suponía que tenía que ver con la imagen que él quería demostrar ante su familia. A pesar de que él no se lo había confesado, ella sabía que él la culpaba por haberle quitado su libertad. Lucía imaginaba las cosas que él pensaba y tenía la seguridad de que él le tenía rencor por haber tenido que casarse con ella.

Sin embargo, no era que Fernando limitara demasiado su comportamiento y

Lucía lo sabía. Él había tenido todas las amantes que había deseado durante los doce años de matrimonio. Ella estaba en perfecto conocimiento de las relaciones de él y no le importaba en lo más mínimo. De hecho, cuando Fernando se interesaba de manera especial por alguna mujer y comenzaba a estar más tiempo fuera de casa, Lucía se sentía aliviada y a sus anchas. Cocinaba mejor, jugaba con su pequeño con alegría e invitaba a su prima y mejor amiga, Carlota, a tomar algunas copas de vino en casa.

Carlota y Lucía a pesar del tiempo y de la distancia que había querido interponer entre las dos Fernando, pues no era una amistad que le gustara para su esposa; más bien ningún era la amistad que le gustaba para ella. Sin embargo, Lucía no había cedido en este aspecto y se mantenía muy cercana a Carlota, era la única persona que lo sabía todo de ella y en quien confiaba por completo; para Carlota había sido un poco más difícil hablarle a Lucía acerca de sus cosas, pero ante las peticiones de su prima, tuvo que abrirse por completo.

- Carlota, ¿te puedo decir algo? –dijo Lucía el día en el que le contó a su prima que estaba embarazada y lo traumático que había resultado todo el proceso.
- Claro, dime. –le dijo ella, aclarando su garganta.
- Yo te cuento mis cosas, pero siento que tú no me cuentas nada a mí.
- No es cierto, yo te cuento las cosas cuando suceden; pero en mi vida no suceden muchas cosas.
- No te creo.
- Oye, en este momento la acontecida eres tú y por eso la atención en tu vida; pero ya me tocará a mí y lo hablaremos. ¿Vale? –le explicó con los ojos fijos en el piso.

- Sinceramente me parece una justificación tonta. ¿No confías en mí? –le pregunto Lucía ofuscada.
- Hey, Lucy. No digas eso. Te juro que confío en ti plenamente.
- ¿Entonces? –Lucía insistió, buscando la mirada de su prima.
- Dime, ¿qué quieres que te diga? –Carlota la miró a los ojos.
- Lo que quieras, ¿qué ha pasado de interesante en tu vida últimamente?, ¿hay alguien que te guste? No sé.
- Sí, me gusta alguien. –le confesó Carlota.
- ¡Excelente! ¿Dónde lo conociste?
- En el trabajo. –dijo en voz baja y temblorosa.
- O sea que tienen cosas en común, ¿también es fotógrafo?
- No. Es modelo.
- ¿Modelo? ¡Caramba! Pero te lo tenías bien escondido, ¿es famoso?, ¿cómo se llama? –le preguntó Lucía emocionada.
- Se llama Amanda. –le dijo Carlota cerrando los ojos, pronunciando con precisión cada sonido de aquel nombre.
- ¿Es por eso que no me lo habías dicho? –preguntó Lucía después de tomarse un momento en silencio para comprender.
- Sí.
- Lita, está bien. No sea tonta. Puedes confiar en mí, que me da lo mismo y tú lo sabes. –Lucía se acercó a ella.
- Pues sí, creo. Pero no es lo mismo cuando tienes a alguien cerca que no tiene los mismos gustos de la mayoría y eres importante para mí, siempre he temido que te alejes de mí por esto. Además, para mí tampoco ha sido fácil aceptarlo. –le dijo con los ojos brillantes.
- Hubiese querido apoyarte en cada momento difícil, así como tú lo has hecho conmigo todo este tiempo.

— Gracias. Es reconfortante para mí que digas eso. No te imaginas cuanto. —Carlota sonrió y abrazó a su prima.

Carlota había sido criada en el seno de una familia tradicionalista como única hija, por lo que aceptar que sus gustos sexuales no eran los que a sus padres les parecían acordes, no fue cosa sencilla. Durante la adolescencia, tuvo el normal despertar sexual, pero en vez de sentir atracción por algún chico de su entorno, se había enamorado perdidamente de una joven profesora del instituto.

Al principio, estaba muy segura de lo que sentía se trataba solo de admiración por la inteligencia que demostraba aquella docente. La asignatura que dictaba era arte y Carlota siempre tuvo inclinaciones artísticas, por lo que aquello tenía mucho sentido. Sin embargo, cuando comenzó a sentir una terrible excitación cada vez que la profesora de arte pasaba por su lado y ella lograba captar su olor, empezó a sospechar que había algo más.

Debido a su dedicación en la asignatura y claras tendencias artísticas, profesora y estudiante se hicieron muy cercanas. Esto le traía ilusión a la adolescente. En una ocasión, la profesora la invitó a una galería en donde se expondría la obra de un importante fotógrafo alemán y Carlota asistió totalmente emocionada. Pasaron un rato agradable durante la velada, ella estaba viviendo su sueño, hasta que un hombre alto de porte muy varonil se acercó a su profesora y la saludó con un beso en los labios.

Carlota sintió cómo se le deshacía el corazón en el pecho. De ser la mejor noche de su vida, pasó a ser la peor. Su profesora, acompañada de su novio, la llevaron a su casa. Ella casi no podía disimular la decepción. La profesora notó el cambio de actitud e intentó indagar en la razón, pero Carlota sabía que no podía decir nada.

Luego de aquel choque con la realidad, Carlota decidió que no iba a permitirse de nuevo fijarse en una mujer. Se dijo una y otra vez que aquello no estaba bien. Así que comenzó a salir con chicos. Encontrar prospectos interesados no se le dificultaba, pues se había convertido en una joven muy atractiva ante los ojos de cualquiera. Incluso, decidió tener relaciones sexuales con uno de los chicos elegidos y no le fue completamente desagradable.

Todo iba bastante bien y se convenció de que lo sucedido no había sido sino una jugarreta tonta de las hormonas de juventud; hasta que durante sus estudios de fotografía, en el instituto de formación artística más importante de la ciudad, conoció a Diana. Esta chica era una compañera de estudios, quien había estado fuera del instituto un tiempo y ahora retomaba sus estudios.

Diana era una chica con un aspecto bastante poco usual. Su manera de vestir era irreverente e, incluso, su corte de cabello; pero al trato era dulce y amable. Poco a poco, el interés de Carlota por Diana fue aumentando. Al principio, solo se trataba de cierto agrado ante saludos y conversaciones cortas. Luego, Carlota se dio cuenta que se encontraba pensando en ella mucho más de lo usual y que revisaba el perfil de las redes de Diana.

Carlota siente cierto temor ante lo que comenzaba a sentir, pero la atracción que comenzaba a florecer hacia Diana tiene mucha más intensidad y hacía que se olvidara del resto. Carlota no podía evitar perderse en la imagen de Diana; durante clases, por los pasillos del instituto o en trabajos de campo, ella no podía evitar quedarse hipnotizada observándola. Muchas veces utilizaba su cámara para inmortalizar gestos, sonrisas, movimientos de Diana.

En una ocasión, el grupo de estudiantes de fotografía organizó un viaje a un lugar hermoso y lejano donde se iba a llevar a cabo una procesión religiosa

de trascendencia mundial. El objetivo del viaje era captar imágenes artísticas. Al llegar al lugar en el que se hospedarían, se dividieron por grupo de seis por cada habitación; Carlota corrió con la suerte de quedar en el mismo grupo de Diana.

Carlota no podía estar más extasiada. Había podido ver a Diana de manera muy distinta de lo usual; la vio dormir, despertar, maquillarse frente al espejo y todo para ella resultaba un espectáculo digno de ver. En alguna que otra ocasión, Diana la descubrió observándola; Carlota se limitaba a bajar la mirada rápidamente y Diana solo sonreía. Carlota estaba casi segura de que Diana sospechaba acerca del efecto que causaba en ella.

- Carlota, ¿me prestas tu cámara? Algo le pasa a la mía y hay unas fotografías que necesito tomar. –le pidió Diana a Carlota en una salida grupal.
- Sí, claro. –Carlota no dudó al entregársela inmediatamente.

Minutos después, Carlota se dio cuenta que no podía ver a Diana; no tenía idea de donde estaba. Entonces un escalofrío le recorrió el cuerpo entero, pues se dio cuenta que Diana podía revisar las fotografías y encontrar gran cantidad de imágenes de ella; y quién sabe cómo reaccionaría.

Por un rato, Carlota intentó mantener la calma y no hacer conjeturas; pero conforme pasaba el tiempo y no sabía dónde estaba su compañera, ella se sentía más y más nerviosa. Así que comenzó a buscarla entre las personas y a preguntarle a los demás compañeros. Alguno le mencionó que creía que la había escuchado decir que iría al hospedaje por algo que había olvidado.

Carlota corrió al lugar donde se estaban quedando, rogando encontrar a Diana allí y que ella no hubiese visto sus fotografías. Al entrar a la habitación, se encontró con Diana sentada en una de las camas, con la cámara en la mano y

la mirada puesta en la pequeña pantalla. Su peor miedo se había hecho realidad.

Diana alzó la mirada y vio a Carlota, dejó la cámara a un lado, se levantó y caminó hacia ella con lentitud. Su rostro tenía un gesto inescrutable y su respiración estaba un poco acelerada. Carlota sabía que había visto las fotos, era bastante obvio y buscaba una razón en su mente pero nada le sonaba creíble.

- Me has tomado muchas fotos. —le dijo Diana.
- Sí. —respondió Carlota sin posibilidad de negar nada.
- ¿Por qué? —le preguntó Diana.
- Porque creo que eres verdaderamente hermosa. —le respondió con sinceridad, encontrándose ante aquel laberinto.

Diana tocó la barbilla de Carlota y le subió el rostro para poder verle los ojos. Carlota vio que ella tenía una hermosa sonrisa en el rostro y los ojos con un brillo muy cándido. Fue Diana quien se acercó a ella y la besó suavemente. Después de algunos besos tímidos, sus cuerpos se acercaron y la vestimenta no hacía sino estorbar.

Desde aquel momento, ambas consolidaron una hermosa relación y Carlota no tuvo más remedio que aceptar lo inevitable. No encontraría el amor en un hombre, como lo hubiesen deseado sus padres o la gran mayoría de las personas sobre el planeta, aunque éstas ni siquiera la conocieran.

La relación duró varios meses y Lucía conoció a Diana como una amiga de su prima, nada más. Llegado cierto momento, Diana aceptó un trabajo importante en otro país y la pareja se distanció. Luego de ella, otras mujeres pasaron por los labios y la cama de Carlota; pero Lucía, su prima, seguía sin saberlo, hasta aquel día.

Después, a lo largo de los años, Lucía le demostró a su querida prima que realmente la aceptaba por completo y la relación se había hecho mucho más estrecha. Fernando no conocía muy bien a Carlota, pero sentía que algo no estaba bien en ella y en repetidas ocasiones le había dicho a su esposa que prefería que no la frecuentara: pero Lucía hacía caso omiso ante aquellas peticiones que muchas veces eran exigencias.

De hecho, Lucía estaba en el departamento de Carlota cuando recibió la noticia que le cambiaría la vida entera. Fernando le había dicho que tenía que reunirse con unos clientes en otra ciudad y que estaría fuera por un par de días; así que ella había aprovechado la oportunidad para quedarse unos días con su prima. Afortunadamente, Carlota y Santi se la llevaban excelente.

- Lucía, mi padre ha muerto. —le dijo Fernando en una llamada.
- ¿Qué?, ¿cómo que muerto?, ¿de qué hablas? —Lucía no podía ocultar su sorpresa.
- No puedo estar contestando tus preguntas. Nos vemos en la casa de papá en una hora. —le dijo Fernando y cortó la llamada.

Lucía comenzó a llorar descontroladamente y Carlota trataba de consolarla sin saber qué estaba pasando. Cuando logró encontrar un poco de lucidez, se vistió y le pidió a Carlota que cuidará a Santi mientras ella entendía todo. Al llegar a la casa, había un ambiente pesado y triste; tal parecía como si un desastre natural hubiese arrasado con todo a su paso y no fuera posible la recuperación de nada.

- ¿Cómo llegaste tan rápido? Pensé que estabas fuera de la ciudad. — le preguntó Lucía a su esposo.
- En este momento no estoy para tus interrogatorios. —le dijo bruscamente y se apartó de ella.

Lucía estaba acostumbrada a los desplantes de Fernando, pero no dejaba de sorprenderle que su actitud no cambiara ni un ápice en medio de aquella situación tan triste. Carmen estaba muy impactada, así que Lucía se dedicó a intentar ayudarla en todo lo posible; le preparó un té y se aseguró de que lo bebiera por completo.

- No puedo entender lo que está sucediendo. Tiene que ser mentira. No sé que voy a hacer sin él. —le dijo Carmen entre sollozos.
- Es muy impactante, yo tampoco puedo creerlo; pero este es un momento para unirse como familia. —Lucía intentaba consolar de alguna manera a la madre de Fernando.
- Él nos dijo que estaba bien, que no era grave; pero no era cierto. No quería preocuparnos. No quiso que lo tratáramos como una persona enferma.
- Te acompaño a tu habitación, es bueno que descanses un poco. — Lucía llevó a su suegra a la cama.

Entre lágrimas, Carmen Ávila cerró los ojos y parecía que se disponía a dormir. Lucía se quedó en la habitación, ya que ella le pidió que no se fuera pues no quería sentirse sola. Ella miraba a aquella mujer de avanzada edad, pero gestos delicados; y no podía ni siquiera entender el dolor por el que estaba pasando. Sentir que se ha perdido al compañero de vida debe ser una de las experiencias más duras; si se ha amado a la persona, no pudo evitar pensar.

Quizás era cierto, probablemente Santiago Ávila no quiso preocupar a su familia o que lo viera como a alguien débil; pero Lucía pensó que él había cometido un gran error, pues no le dio la oportunidad a su familia para pasar un poco más de tiempo de calidad con él o de despedirse. Quizás sabiendo lo que se avecinaba, se hubiesen podido preparar mejor y todo no pareciera un

estilo de explosión altamente destructiva.

El funeral de Santiago Ávila fue muy concurrido y sentido. Las familias más influyentes de la ciudad e incluso del país asistieron para presentarle sus condolencias a la familia. Fernando estaba mucho más callado de lo usual, las hermanas de él no paraban de llorar y su madre se notaba ausente, por la cantidad de calmantes que tenía en su sistema. Por su lado, Santi estaba muy impactado por lo ocurrido; Lucía trataba de hacerle comprender el acontecimiento, pero a él no le parecía posible que su abuelo, el invencible, se había ido para no volver.

Ante la inhabilitación de las mujeres de la familia, ella tenía que asumir un rol principal, al mejor estilo de suplente; como corresponde por ser la esposa de Fernando, el único hijo varón y el primogénito de Santiago Ávila. El funeral fue muy sentido, pero el momento del entierro fue completamente lamentable. La madre de Carmen no encontraba consuelo ante la visión de una urna con su esposo bajando a una fosa de donde no saldría jamás.

Solo de escuchar los lamentos de aquella dama, Lucía sentía que se había abierto un hoyo en el pecho. Todos sabemos que las personas alrededor morirán algún día y que nosotros mismos dejaremos de existir en algún momento; pero enfrentarse realmente con la muerte era un asunto completamente distinto.

El rostro de Fernando era inescrutable. La verdad era que Lucía nunca podía deducir los pensamientos de su esposo; en aquella ocasión, ella suponía que el sufrimiento que él sentía era muy intenso, pues Fernando había dedicado su vida entera en ser el orgullo de su padre, el hijo que él deseaba. Sin embargo, no había gestos expresos de dolor en su rostro, solo una seriedad superior a la usual.

Lucía estaba parada al lado de su esposo, como correspondía; cercana a ella también se encontraba el resto de la familia. Ella notó que justo frente a ella había una mujer que no reconocía y a su lado estaba un hombre alto, muy guapo que tenía un parecido a Santiago Ávila y al que se le notaba muy afectado. Así que ella supuso que se trataba de alguna familia lejana que ella no había conocido.

El sepelio terminó y Fernando decidió que dormiría en la casa de su madre, pues quería estar cerca de ella por si se le ofrecía algo. Lucía quiso acompañarlo, pero él no lo permitió; así que tuvo que dirigirse a su casa. Santi estaba muy agotado, por lo que se quedó dormido apenas su cabeza tocó la almohada.

Lucía se preparó algo ligero para cenar y la imagen de aquel hombre le vino a la mente. Se sintió un poco avergonzada por lo atractivo que le pareció, aquello estaba completamente fuera de lugar; sin embargo, no era algo que le sucedía seguido. De hecho, después de enamorarse tontamente de Fernando hacía más de una década atrás; nunca más había sentido ningún tipo de atracción por alguien, así que esa sensación le resultó extraña y muy particular.

Aquello le pareció completamente fuera de lugar, pero no lo podía evitar. Brevemente pensó que podría de alguna manera indagar de quien se trataba si era parte de la familia; pero, inmediatamente abandonó aquella loca idea. Era inapropiado, por decir lo menos. Luchó para apartar de su mente la imagen de aquel chico y se recostó para intentar librar un poco la tensión de unos días tan difíciles.

Se quedó dormida rápidamente y al despertar se dio cuenta lo bien que había podido descansar sin Fernando a su lado. Se sentía libre, tranquila y muy

relajada. No comprendía cuando las personas decían que cuando no estaban con su pareja no lograban dormir bien; pero, definitivamente se lo atribuía a la falta de sentimientos e intimidad que existía entre los dos.

- Necesito que estés aquí a las diez de la mañana con Santi. Tráeme otro cambio de ropa. –fue el mensaje que recibió Lucía de parte de Fernando a primera hora.
- Ok. –fue su respuesta, no había razón para esforzarse más.

Ya el desayuno estaba en la mesa cuando Lucía llegó a la cocina y Santi desayunaba. Laura era la persona que se encargaba de la mayoría de los quehaceres del hogar de Lucía; Santiago había insistido en su contratación y al final, Lucía se había encariñado con ella y agradecía mucho su trabajo.

- Gracias Laura. ¿Cómo estás? –Lucía dijo entrando en la cocina.
- A la orden. Muy bien, pero ¿cómo te sientes tú?
- Aun impactada, pero tratando de asimilar la situación.
- Santi, luego de comer te bañas y te vistes; vamos a casa de tu abuela. ¿ok?
- No quiero ir mamá. –le dijo con cierto tono malcriado.
- Hijo, entiendo que estás cansado; pero este es un momento para estar en familia. Así que, por favor, ten la mejor actitud posible. –le habló Lucía a su hijo tratando de sonar comprensiva.

Luego del desayuno, Lucía y Santi se dirigieron a la casa familiar. Ella no sabía de qué se trataba el asunto; sin embargo, con el tiempo había aprendido a no discutirle nada a Fernando y a ni siquiera preguntar. Al llegar a la casa, ella notó que había un grupo de hombres muy elegantes con maletines.

- Se va a hacer la lectura del testamento y es necesario que ustedes estén aquí. Ve con Santi hacia el despacho de papá que allí están

todos. –le dijo su esposo como si se tratara de un asunto meramente administrativo.

— Está bien. –respondió ella y tomó el hombro de su hijo.

Efectivamente, en el despacho se encontraban los demás. Carmen se notaba igual de deprimida, mientras que las hermanas de Fernando se veían notablemente mejor. Otras personas se encontraban allí, algunos familiares que Lucía había visto en otras oportunidades y otras personas que Lucía podía reconocer de la empresa familiar.

En el escritorio donde solía sentarse Santiago Ávila, estaba sentado un hombre de muchas canas y tez seria. Se trataba del abogado de él, más que su abogado había su gran compañero y también confidente, como se sabría minutos después; su nombre era Tito Caballero. El abogado organizaba papeles y miraba insistentemente el reloj. Algunos podría decir que estaba nervioso, pero no podrían si quiera imaginar el nivel del nerviosismo que sentía; pues estaba consciente de que lo que se venía en este momento no está menos que una guerra.

Desde el mismo día en el que Santiago Ávila había hecho cambios significativos en su testamento, hacía treinta y tres años, Tito le temía al momento en el que tuviera que leer la última voluntad de su amigo frente a todos. Sin embargo, era su deber; no solo como abogado, sino también como amigo de Santiago.

— Cuento contigo. Eres a la única persona a la que le confiaría esto. Primero que nada porque sé que nunca comentarás nada respecto a esto, hasta el día que corresponda. Y, segundo, porque confío en ti como profesional para que hagas cumplir al pie de la letra lo que dispongo en este documento. –le dijo antes de comenzar a decirle

su voluntad.

### III



- Creo que ya podemos comenzar Tito, estamos todos. –le dijo Fernando.
- No, todavía hay unas personas que se deben esperar para la lectura. –le dijo y al mismo tiempo se abrió la puerta.

Todos voltearon a ver quien entraba, pues cada uno pensaba que ya estaban presentes todos los interesados en oír la lectura del testamento y quería saber quién más debía estar. Entró una señora con una energía triste, acompañada de un hombre imponente de unos treinta y tantos; Lucía los reconoció. Él era aquel hombre que había visto durante el sepelio, que tanto impacto le había causado, pero no tenía ni idea de quien se trataba. Ellos se sentaron rápidamente en unos asientos en la parte más alejada del escritorio.

- Bien, ya podemos comenzar. –anunció el abogado y todos volvieron su mirada al frente.

El asunto comenzó con una lectura tediosa respecto a los derechos y obligaciones de las personas que se encuentran mencionadas en el documento y acerca de lo absoluta que era las resoluciones que se expondrían en aquel testamento. La familia Ávila tenía una actitud de querer terminar con aquello pronto, pues estaban seguros de los que escucharía en aquella mañana.

Como lo esperaban, la esposa de Santiago Ávila recibía la propiedad de la casa, de todos los vehículos, de un veinte por ciento de las acciones de la empresa y los activos. Sin embargo, las cosas se tornaron muy confusas cuando se hizo mención al porcentaje en el que se dividirían la mayoría de los bienes de Santiago Ávila.

- “El restante de las acciones de mi empresa y del monto de mis activos en los bancos se dividirán en partes iguales para mis hijos; es decir, veinte por ciento para cada uno de ellos”.
- Hay un error en esos porcentajes. –dijo Fernando.
- Permíteme continuar: “Ante los ojos de todos mis hijos son tres, los que he concebido en mi matrimonio; sin embargo, tengo un hijo más que todos desconocen hasta el día de hoy: su nombre es Juan Antonio Ávila y tiene el mismo derecho que mis otros hijos de heredar. Sé que no es la mejor manera de conocer esta información; pero la verdad es que nunca tuve la valentía de decirles esto. Temía que se decepcionaran de mí y, también, que trataran de evitar que Juan Antonio obtuviera lo que le corresponde. No espero que esto sea una redención por no haber sido el padre que mereces, Juan Antonio; sólo te otorgo lo que te corresponde y demando que cada uno de los integrantes de mi familia lo reconozca como mi hijo”.
- Esto tiene que ser una broma. –dijo Fernando visiblemente contrariado.
- No lo es Fernando.
- ¿Dónde está este bastardo que nombra mi padre? –reclamó él.
- Yo soy Juan Antonio Ávila. Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias. –dijo al fondo del despacho el hombre que había llegado justo antes del comienzo de la lectura.

Lo que siguió a aquella revelación fue algo aun más inverosímil que lo que acababa de pasar. Carmen no paraba de llorar, Rafaela trataba de consolarla, Mariela y Fernando le pedían explicaciones a Tito y Juan Antonio anunciaba que él se retiraba inmediatamente de aquel circo.

- Juan Antonio no puedes irte. Debes firmar que has escuchado la última voluntad de tu padre. —le dijo el abogado.
- No tiene importancia. Yo no voy a aceptar lo que él dejó escrito allí; no necesito nada de eso, ni tampoco lo quiero. —le dijo él de manera muy firme.
- La decisión no es tuya. Santiago dejó muy expreso que esto no era opcional y que ese porcentaje pasa automáticamente a tu nombre. Igualmente, en caso de que quieras proceder legalmente de alguna manera, tu firma debe estar en este documento como testimonio de que conoces lo escrito aquí. —le informó el abogado.
- Está bien. Firmo y me largo. —dijo acercándose al escritorio.
- Eres un usurpador. —le dijo Fernando interponiéndose a su paso.
- No tengo necesidad de usurpar nada. No es mi culpa que hayas estado viviendo en una burbuja de cristal de puras mentiras. —lo enfrentó Juan Antonio.

Algunos hombres que estaban presentes los separó, ya que daban la sensación que el próximo intercambio no iba a ser de gritos sino de golpes. Juan Antonio firmó el documento y caminó hacia la salida, no sin antes tomar la mano de la dama que lo acompañaba; mientras que Fernando le lanzaba toda clase de improperios.

Fue este en el momento cuando Lucía se dio cuenta el horror que había presenciado su hijo. Volteó a verlo y tenía el rostro impregnado de aflicción. Lucía trató de calmarlo un poco, pero la forma como se comportaba Fernando

frente a todos no era de ayuda; así que tomó la mano de Santi y lo guió hacia una de las habitaciones de la casa.

- Hijo, ¿estás bien? –le preguntó ella.
- No entiendo qué pasó. –le dijo él contrariado.
- Yo tampoco, pero tú no tienes que preocuparte por esto. Estos son problemas de adultos y no tienes que afligirte por ellos. Ya se resolverá todo.
- Papá estaba muy molesto. –le apuntó él.
- Sí, pero se le va a pasar. ¿Quieres ver televisión? –le preguntó ella y él afirmó como la cabeza.

Ella se quedó un rato acompañando a Santi a ver televisión, pero aunque sus ojos se dirigían a la pantalla su mente estaba en otra parte. No podía creer lo que acababa de suceder. Santiago Ávila aparentaba ante todos ser un hombre de moral y principios muy sólidos; nunca nadie hubiese imaginado ni por un instante que él tendría un hijo fuera del matrimonio. Ella no pudo evitar sentirse un poco decepcionada; sobre todo teniendo en cuenta que él era quien dictaba las normas de comportamiento dentro de la familia de una manera muy imponente, pero tenía una vida que nadie conocía. Era inaceptable.

Por primera vez en su vida, sintió un estilo de solidaridad con Fernando, pues él se había regido toda la vida por el mandato del padre. Toda su existencia había girado en torno a Santiago Ávila, como el resto de su familia; él era el planeta y todos los demás no eran sino satélites que giraban alrededor de él. Si ella sentía decepción, no podía siquiera imaginar lo que estaría sintiendo en aquel momento Fernando.

- ¿Estás bien? –Lucía se acercó a Fernando al encontrarlo en la

cocina.

- ¿Cómo voy a estar bien?, ¿tú viste lo que acaba de pasar? –le dijo con furia en los ojos y amargura en la voz.
- Me voy. –le anunció ella.
- Sí, mejor. Es lo único que sabes hacer bien. –le dijo Fernando.

De pronto la pizca de solidaridad por Fernando que había nacido en su interior se esfumó sin dejar rastro. Lucía regresó a su casa con Santi. Había recibido muchas llamadas y mensajes de Carol y de su padre que no había podido responder apropiadamente. No fue capaz de contarle aun lo ocurrido con el testamento a su padre, pues sabía que su impresión no iba a ser poca; porque aunque no le agradara por completo, lo conocía desde hacía mucho tiempo y lo tenía en alta estima.

A Carol sí le contó todo, o casi todo. Le había hablado de las cosas que decía el documento y de las reacciones que hubo durante la lectura. Quería contarle algo más, quería decirle que había sentido algo extraño al conocer a aquel hombre que ahora sabía que se llamaba Juan Antonio y que era nada más y nada menos que el hermano de su esposo. Sin embargo, no sabía cómo empezar, porque ni ella misma sabía qué le estaba pasando.

- Hay algo más, pero no sé explicarlo. –le escribió Lucía intentando encontrar la lógica de lo que le pasaba.
- ¿Más?, ¿cómo qué?, ¿qué pasó? –le preguntó su prima.
- No es algo que haya pasado, más bien es como una sensación extraña que tuve.
- A ver, cuéntame.
- En el sepelio yo vi a aquel hombre, el hijo de Don Santiago. Y no sé... Captó mi atención. –le confesó.
- ¿Por qué?, ¿es muy parecido a él?

- Tiene un parecido, sí; pero no era eso, había algo más.
- ¿Algo como qué? –le preguntó Carol.
- Algo que me impulsaba a verlo. Luego estuve pensando un poco en él, antes de saber quién era.
- ¿Te gustó?
- Supongo que algo así... -Lucía mordisqueaba una de sus uñas, cosa que nunca había hecho.
- Oye, qué fuerte.
- ¿Es todo lo que vas a decir? –le preguntó Lucía.
- Es que no sé qué más decirte. Es normal que te sientas atraída por alguien, sobre todo teniendo en cuenta que tiene un esposo que no es tu marido nada; que solo duerme a tu lado y ni te mira, ni tú a él. No sé cómo has estado tanto tiempo sin sentir el cariño de alguien.
- Tengo a Santi, a mi papá, a ti...
- Sí, pero no es lo mismo. Sabes bien a lo que me refiero. Quizás tu cuerpo se despertó y te está diciendo que necesita alguien con quien vivir experiencias más íntimas. –le dijo Carol.
- Sé lo que estás diciendo y no me gusta. No puedo tener nada con nadie, estoy casada.
- No me lo digas a mí. Dítelo a ti misma.
- No. No puedo Carol. Hace tiempo que renuncié a ese tipo de cosas. –le dijo Lucía a su prima.
- ¿A qué cosas?
- Al amor de pareja.
- ¿Al sexo? –le preguntó Carol.
- Sí, también a eso.
- ¿No lo extrañas?
- No, en lo absoluto. –respondió Carol rápidamente.

- Creo que no lo extrañas porque no lo has podido disfrutar en realidad.
- Mejor me voy a dormir Carol.
- Oye, no te molestes conmigo. Sabes que estoy de tu lado. Te quiero y quisiera que fueras feliz; pero eso no va a pasar con Fernando. Descansa, te quiero. –le escribió su prima.
- Yo también te quiero. –le respondió Lucía.

Lucía dejó su móvil en la mesita de noche al lado de su cama y tenía una sensación extraña. No le gustaba lo que le había dicho su prima, pero tenía el sentimiento de que tenía razón en todo. Sin embargo, también era cierto que ella había renunciado a esa parte de sí misma; después de Fernando, nunca más ha tenido la ilusión de acercarse a nadie. Además, nadie querría acercarse a ella siendo quien era y lo amarrada que estaba a su situación.

Se escuchó el coche de Fernando llegando a la casa, luego las llaves y los pasos pesados dentro de la casa. Lucía cerró los ojos y se acomodó; quería hacerse la dormida. No quería que Fernando le dirigiera la palabra, no tenía ganas de recibir otro golpe. Era preferible pasar desapercibida, simplemente como parte del mobiliario de la habitación, de la casa, de la vida de Fernando.

Él se acostó a su lado y ella podía escucharlo resoplar; estaba claro que no había encontrado la calma. Él no durmió en toda la noche, ni ella tampoco de sentir el peso de todos los problemas del mundo justo a su lado. Lucía agradeció infinitamente el sonar de la alarma que le dio la excusa perfecta para saltar de la cama. Era día de escuela y día de trabajo, por fin.

Luchó con Santi, como era usual, para que se preparara para ir al instituto; en esta ocasión, ella intentaba salir de la casa antes de que Fernando se levantara y tuviera que verlo a la cara. No estaba molesta por lo que le había dicho,

estaba acostumbrada a ese tipo de tratos de él; sino que sabía que toda la furia que él tenía por lo que ocurría en su familia, la desbordaría en ella que era el eslabón más débil de la cadena.

Lucía lo logró, pudo salir de su casa sin encontrarse con Fernando y todo su mal humor. Apenas puso un pie fuera de la casa, ella sintió un increíble alivio. Incluso su humor cambió y parecía una mujer alegre cualquiera. Trató de sacarle algunas sonrisas a su hijo mientras iban camino al instituto y se despidió de él cariñosamente al llegar.

Ya en la sastrería, junto a su padre, se dedicó a trabajar. Había poca demanda, lo que le dio un poco de tiempo para conversar con su padre, con tranquilidad, lo ocurrido durante la lectura del testamento de Santiago Ávila. Su sorpresa no fue poca, en su rostro se podía notar la confusión que tenía.

- No lo puede entender. Don Santiago siempre era muy correcto. — dijo en voz baja.
- Pues sí. Todos en la familia están impactados. Fernando está muy molesto y bueno... yo de verdad que no sé qué pensar. No quiero juzgarlo, pero es difícil. —le confesó ella.
- Entiendo, hija. Creo que lo mejor darle el beneficio de la duda, todos cometemos errores. Lamento mucho la situación de quede estar pasando doña Carmen. Perder a su esposo y luego enterarse que tenía una vida que ella no conocía debe ser muy doloroso. Yo sé lo que es perder a una pareja y es terrible.

Doménico se refería a la pérdida de su amada esposa, Lila, la madre de Lucía. Había sido algo muy sorprendente, pues desde el momento que la conoció, ella había sido una mujer muy sana. Doménico y Lila se conocieron una tarde cuando él había salido de su trabajo como ayudante de sastre y ella caminaba

de regreso a su casa con unas amigas del instituto.

Lila bromeaba con sus amigas y no vio hacia el frente y Doménico se entretuvo observando a unos chicos jugando futbol en la calle. Ninguno de los dos se hubiese visto si no fuera porque el destino decidió que caminaran uno en dirección del otro sin verse, entonces se tropezaron. Él tuvo el reflejo para evitar que ella se cayera y pudo tenerla muy cerca; la belleza de esa chica lo sorprendió. Por primera vez, se sintió interesado románticamente por una chica, apenas la vio.

Ella le sonrió, le dio las gracias y continuó su camino. Él se quedó parado, mirándola; sin saber qué hacer. Estaba convencido que su camino era el que la llevara hasta donde ella estuviera. Cuando ya no pudo verla, se dio cuenta que no sabía cómo haría para volver a verla y se preocupó, no podía hacer nada al respecto.

Doménico llegó a su casa y actuó con normalidad; pero, no pudo dejar de pensar en aquella hermosa chica. Al día siguiente, él intentó salir a la misma hora del día anterior, para ver si corría con la misma suerte de encontrarse con aquella hermosa colegiala. No hubo suerte y al día siguiente tampoco; sin embargo, al tercer día, cuando ya estaba por perder las esperanzas, la volvió a ver. Estaba escogiendo unas frutas en la tienda de la misma calle donde se había visto antes.

- ¿Te gustan las peras? –le preguntó Doménico.
- ¿Cómo?
- Las peras, ¿te gustan? –él insistió.
- Sí. –le respondió ella extrañada por aquella pregunta.
- ¿Y las flores? –le preguntó ahora él.
- Sí, claro. Oye, tú eres el chico con el que me tropecé hace algunos

- días. –le dijo ella reconociéndolo.
- Sí. Doménico. –él le extendió la mano.
  - Lila.
  - ¿Lila? Como una flor justamente. Qué hermoso nombre.
  - Sí, gracias. –ella sonrió y él quedó de nuevo hipnotizado.

Conversaron un poco más y ella se despidió; pero antes de que ella se le perdiera de la vista, él la alcanzó y le regaló algunas peras y una hermosa flor. Ella se sonrojó, pero aceptó los obsequios y siguió caminando. Después de aquella ocasión, Doménico y Lila se consiguieron en varias oportunidades, primero solo se saludaban; luego, Doménico consiguió que ella le permitiera acompañarla hasta su casa. Quedaba en la dirección contraria en la de él, pero no le importaba. Con el tiempo, se tomaron de la mano y nunca más se separaron.

Años después, nadie se sorprendió cuando los dos anunciaron que contraerían matrimonio. Eran muy jóvenes, pero sabían muy que querían estar juntos y que lo lograrían. La boda fue sencilla, pero muy emotiva; sobre todo para ellos, que sabía que a partir de ese momento comenzaba la mejor etapa de su vida, y así fue.

Con mucho esfuerzo, Doménico logró abrir su propia sastrería y Lila trabajaba con él con dedicación. No había pareja más feliz y dedicada que ellos dos. Pero la felicidad fue mayor cuando ella le dio la noticia a su esposo que estaba embarazada. No lo habían planificado, pero no sentían miedo; solo amor y felicidad.

Durante el embarazo, Lila y Doménico prepararon juntos la llegada del fruto de su amor. Organizaron un espacio en la casa, compraron la ropa, conversaron sobre su nombre, le hablaban cada día y anhelaban su llegada.

Les contagiaban la alegría a todas las personas que se acercaban a ellos.

El día deseado llegó. Una mañana cuando Lila se iba a duchar para ir con Doménico a la sastrería, porque no quiso dejar de asistir, sintió cómo su fuente se rompió. Según lo ensayado, tomaron las cosas necesarias y llegaron con prontitud al centro asistencial. Todo parecía ir muy bien hasta que el cuerpo de Lila tuvo una reacción inesperada. Su presión subió mucho y tuvieron que proceder a realizar una cesárea de emergencia.

Lucía estaba a salvo y completamente sana cuando la sacaron del vientre de su madre, que no contó con la misma suerte. Lila tuvo una fuerte crisis y tuvo que pasar al área de cuidados intensivos. Doménico estaba completamente desesperado, pero no podía dejarse llevar por la preocupación; ahora tenía que velar por su pequeña hija. Fue el único consuelo que encontró cuando le dijeron que su esposa había fallecido.

Él no podía creer que Lila no estaría a su lado para cuidar a su pequeña hija, para verla crecer y amarla. Tampoco podía creer que ya no estaría nunca más con él. Lo único que lo mantuvo con vida y cuerdo, fue Lucía. Saber que ella lo necesitaba tanto le permitió seguir respirando, caminando, viviendo; porque todo era para ella.

Así que cuando le dijo a su hija que él podía comprender el dolor de Carmen por la muerte de su padre, era completamente cierto. Lucía estaba consciente del dolor que había vivido su padre y para ella tampoco había sido un asunto sencillo crecer sin su madre; pero pensaba en lo terrible que debía ser para su padre haber conocido al amor de su vida y haberlo perdido irremediablemente. Por eso lo admiraba tanto, a pesar de su dolor, se había encargado de ella con todo el amor del mundo.

Lucía lamentaba el darse cuenta de que su padre había estado tan poco

tiempo con el amor de su vida y cómo ella llevaba tanto tiempo al lado de una persona que no la amaba y que, además, había matado todo lo que en algún momento ella había sentido por él. Era una gran ironía de la vida.

Al terminar su trabajo en la sastrería, Lucía pasó por Santi a la escuela y como no quería llegar a su casa, lo llevó a comer helado. Él estaba muy contento, aunque por momentos parecía entristecer y su madre sabía que estaba pensando en la pérdida de su abuelo. Ella trataba de animarlo, pero no era fácil para él enfrentarse a la muerte de un ser querido, no era algo por lo que había pasado antes y Santiago Ávila era una figura muy representativa en todos los integrantes de la familia.

Ya de regreso en casa, Fernando se encontraba allí, estaba en su oficina buscando algunos documentos. Lucía se dedicó a ayudar a Santi con su tarea, mientras esperaban que estuviera la cena. Laura se había esmerado mucho en preparar la cena favorita de Fernando para animarlo un poco sin decirle nada; ella anunció que la comida estaba lista y todos se dirigieron al comedor.

- Necesito que hagamos un trámite el día de mañana. —le anunció Fernando a Lucía mientras comenzaban a cenar.
- ¿Qué trámite? —le preguntó ella.
- Interpuse una demanda en contra del usurpador que dice que es hijo de mi padre y que merece su herencia. Esto implica que él debe presentarse para una prueba de ADN y también debemos hacerlo sus hijos para ratificar nuestro vínculo. En este caso, Santi debe hacer lo mismo como mi hijo, para evitar contratiempos. —le explicó él.
- Entiendo. Entonces llamaré a la escuela y les diré que Santi se incorporará tarde a las actividades y le avisaré a mi padre.
- Está bien. —él continuó comiendo.

Lucía no le veía el sentido a aquello que estaba haciendo Fernando, pues no era Juan Antonio el que afirmaba ser hijo de Santiago Ávila, sino que había sido el propio Santiago el que lo había incluido en su testamento como su hijo. Sin embargo, no le diría nada, pues sabía perfectamente que su opinión no tenía ningún tipo de validez para Fernando. Así que se limitaría a cumplir la petición.

Cuando ella estuvo acostada en su cama, lista para dormir, un pensamiento asaltó su mente: era probable que durante la realización de la prueba de ADN se encontrara con Juan Antonio. Esa idea le aceleró el corazón y no hallaba explicación a esa situación. Entonces supo que pasaría una situación muy incómoda de nuevo entre Fernando y él; pero nada podía hacer para evitarlo.

Por más que lo intentó, no pudo evitar sentirse emocionada por volver a ver a Juan Antonio. Trataba de luchar en contra de aquella sensación ilógica, pero la vencía irremediablemente. Fernando dormía a su lado y ella permanecía en vela. Se preguntaba cómo era posible que un ser que ni siquiera conocía de su propia existencia le quitara el sueño de aquella manera.

Finalmente, Lucía pudo dormirse; para inevitablemente tener que levantarse casi inmediatamente porque el despertador anunció que el descanso había terminado. Se sintió un poco adormecida, pero esa sensación se esfumó velozmente al recordar cuál era su plan del día.

Aquella mañana, los tres salieron juntos en dirección al laboratorio. Sin embargo, Lucía y Santi iban en un coche diferente porque después tomaría un camino diferente al de Fernando. Una vez que ingresaron en el lugar, Lucía notó la ausencia de doña Carmen; realmente no tenía sentido que ella estuviera allí, pero se sentía preocupada por su estado anímico. Seguramente estaba muy deprimida, pensó que la iría a visitar o por lo menos la llamaría.

Todos estaban sentados en la sala de espera y Lucía no podía evitar mirar constantemente la entrada. No quería admitirlo, pero tenía la esperanza de ver a Juan Antonio cruzando esa puerta. Desde el fondo del laboratorio escuchó que llamaron a Fernando para la toma de la muestra y una vez que él regresó, llamaron a Santi. Ella lo acompañó, ya que eran políticas del laboratorio; pero él no solía resistirse a este tipo de cosas. Eso era algo que sorprendía a la mayoría de las personas, un niño que no lloraba cuando lo inyectaban no era para nada común.

- ¿Mamá, podemos comer algo antes de irnos? –le preguntó Santi una vez que le había tomado la muestra.
- Sí, claro. –le dijo ella con una sonrisa.

A Lucía no le gustaba en lo absoluto los cafetines de los hospitales o de los laboratorios, así que prefirió ir a un lugar que quedaba cerca del laboratorio. Entraron al lugar y Santi pidió lo que quería comer, mientras que Lucía solo pidió otro café. De pronto el lugar se llenó completamente. Sin darse cuenta, a Lucía se le cayó el monedero mientras probaba el sándwich de su hijo, solo sintió que alguien se agachó a su lado.

- Se te cayó esto. –le habló un hombre; al subir la mirada ella se dio cuenta que se trataba de Juan Antonio.
- Gracias. –le dijo sorprendida.
- Está lleno. ¿Crees que sea posible que me siente aquí un momento? –le preguntó él.
- Sí, claro. –ella sintió que no tenía alternativa.
- Gracias. –él le sonrió ampliamente.
- De nada.
- Me parece que te conozco de algún lugar. ¿Estoy en lo cierto?
- Sí. –le dijo ella sin poder mentir.

- ¿De dónde?
- Tú eres Juan Antonio Ávila. —dijo ella.
- Lo sé. Veo que me conoces. ¿Pero y tú?
- Soy la esposa de Fernando Ávila, tu hermano. —le dijo ella bajando la mirada.
- Perdón. Creo que debo retirarme,
- No es necesario. —le dijo ella rápidamente.
- Sé que no soy del agrado de la familia. —él tomó una actitud seria, distinta a la que había tenido cuando no sabía quién era ella.
- Yo no soy precisamente de la familia. No tengo nada en tu contra. Supongo que esta es una situación que tú no buscaste. Uno no puede elegir quién es su padre.
- Es así. —le dijo él.
- Deberías haber estado en el laboratorio para la prueba de ADN. —le dijo ella.
- No tengo pensado hacérmela. —le respondió él.
- ¿Y qué haces aquí?
- Casualmente, trabajo cerca. —le contó él.
- ¿Puedo preguntarte por qué no te harás la prueba?
- No estoy interesado en esa herencia. Nunca lo estuve. —le confesó él.
- Creo que deberías hacértela de todas maneras. —le dijo ella, sabiendo que Fernando podría matarla si supiera lo que acababa de decir.
- ¿Por qué lo crees?
- No se trata solo de la herencia; es acerca de integridad y de sinceridad. Creo que tu padre cometió un error, pero que de alguna manera trata de enmendarlo; haciendo un reconocimiento público

del mismo. Además, los Ávila creen que están ungidos, no estaría mal que alguien los hiciera pisar tierra.

- ¿por qué me dices esto? –le preguntó él sorprendido.
- No lo sé. –le dijo ella.
- ¿Y tú no eres como ellos?
- No. –negó inmediatamente.
- ¿Y por qué estás casada con el peor de todos? –le preguntó Juan Antonio.
- Es una historia larga y complicada. Creo que ya hablé demasiado. Me voy. –le dijo ella y se levantó.
- Oye, ¿cuál es tu nombre? –le preguntó él antes de que se fuera.
- Lucía.
- Mucho gusto, Lucía. –él volvió a sonreírle.

#### IV

Lucía estaba temblando. Ya había llegado a la sastrería, pero se encontraba en el depósito mientras encontraba un poco de calma. No podía creer que había hablado con Juan Antonio y que si conocerlo se haya puesto de su parte de una manera tan franca. Ella conversó con Santi para que no dijera lo ocurrido y ella confiaba en él; sin embargo, el mismo Juan Antonio podría utilizar aquella conversación para su beneficio y Fernando se enteraría. Ella no sabía de qué sería capaz él si lo sabía.

Había cometido un error: se había fiado de alguien que no conocía. Apenas lo había visto un par de veces, no había explicación para que le dijera algo tan delicado en una situación tan compleja como la que tenían. La única explicación de aquello era que la atracción que había estado experimentado por ese desconocido, le había nublado la mente.

No había dicho ninguna mentira, pero aquello podría traerle problemas muy serios con los Ávila y eso a su vez podría generarle problemas a su padre, pues el local de la sastrería seguía siendo de su propiedad. A ella no le cabía la menor duda de que Fernando la dejaría sin nada.

No tenía caso por preocuparse por algo que aun no había ocurrido, así que respiró profundo y trató de despejar su mente con el trabajo. La jornada laboral se sintió mucho más corta de lo usual y antes de lo que hubiese deseado ya Lucía se encontraba de vuelta a casa. Fernando no estaba, pero no tardó demasiado tiempo en regresar. Su actitud era como casi siempre: inescrutable.

Fernando llegó directo a su despacho luego de saludar a su hijo. Lucía se sentía ansiosa, pues cabía la posibilidad de que él se hubiese enterado de su conversación con Juan Antonio. No sabía qué hacer para constatar si él sabía o no de lo ocurrido, pues ellos no eran precisamente las personas más comunicativas.

- Hola. Quería preguntarte algo. —ella entró en el despacho de Fernando con nerviosismo.
- Dime. —le dijo el alzando la mirada.
- Quería saber acerca de los resultados de las pruebas de ADN. ¿Es hijo de tu padre? —le preguntó ella, tratando de sacar algo de información.
- Los resultados tardarán algunos días, luego nos lo harán saber. ¿Por qué el interés?
- Por lo normal, es un asunto familiar que nos afecta a todos. —trató de justificarse.
- No es algo común que te interesen asuntos de nosotros. —le dijo él en tono de reproche.

- ¿Él se presentó a la toma de la muestra? Te lo pregunto porque no lo vimos. –intentó indagar más.
- Sí, fue algunas horas después. ¿A qué se debe este interrogatorio?
- A nada Fernando, solo quería estar al tanto de lo que está ocurriendo. Te dejo tranquilo. –dijo ella a la defensiva.
- Sí, mejor. –el regresó su mirada a unos documentos sobre el escritorio.

Lucía le propuso a Santi ver una película juntos y él accedió. Era una excusa para poder estar en silencio asimilando lo que había podido conocer. Juan Antonio se había presentado para la prueba de ADN y hasta ahora no se sabía nada acerca de la conversación que había tenido. Se sintió un poco tranquila, pero sabía que no podía encontrar aún completo sosiego.

Durante los siguientes días, Lucía seguía atenta en relación al tema, pero haciendo su mejor intento por no ser demasiado obvia. Cada día que pasaba, se tranquilizaba un poco más, ya que si no tenía noticias acerca de Juan Antonio quería decir que él no había mencionado lo de su encuentro.

Una tarde, Lucía se dio cuenta que Fernando estaba retrasado para la cena, pero no se preocupaba; antes del fallecimiento de su padre era bastante común y era normal que él comenzara a retomar la dinámica de su vida. Trabajar, salir con sus conquistas y otras actividades que desconocía, porque no eran de su interés.

Lucía recordó que no había estado atenta a la evolución de doña Carmen y decidió llamarla. La primera llamada fue en vano, repicó hasta que se cortó la comunicación; lo que le parecía bastante extraño, así que marcó de nuevo. Esta vez sí le contestó y la escuchó con fuertes sollozos, por lo que se preocupó mucho.

- ¿Qué pasó doña Carmen? –le preguntó Lucía nerviosa.
- Sí es su hijo... -alcanzó a decir ella.
- ¿Esos fueron los resultados? –se sorprendió Lucía.
- Sí, es su hijo. Lo es.
- Calma doña Carmen. Es muy duro, pero debes sobreponerte a esto.  
–le dijo, sin saber qué podía hacer.
- No creo poder. –respondió ella.
- Claro que sí. Eres una mujer fuerte y valiente.

Después de una conversación muy emotiva con doña Carmen, Lucía se sintió muy afligida. Ahora sabía la razón del retraso de Fernando y podía imaginar con claridad el humor que tendría cuando estuviera de regreso. No tenía opción, debía ser fuerte y soportar lo que se venía. Sin embargo, una llamada imprevista la sorprendió, era su padre. Al contestar se dio cuenta que tenía algo extraño en la voz y le dijo que se sentía mal. Debía ser cierto porque nunca antes le había dicho algo así, por lo que ella se sintió alarmada.

Le pidió a Laura que se encargara del cuidado de Santi, pues ella debía ir a ver a su padre. Cuando Lucía llegó, se encontró que Doménico estaba pálido, mareado y con mucha debilidad. Ante su condición de diabetes, ella no dudó ni un solo instante en llevarlo al centro asistencial más cercano. Al llegar, lo recibieron inmediatamente y Lucía tuvo que quedarse en la sala de espera.

Ella no podía sentir de manera real el paso del tiempo. Dentro de ella, muchos pensamientos se aglutinaban. No podía ocultar la terrible preocupación que la sobrepasaba. Esto no era algo por lo que había pasado antes y se sentía sin ningún tipo de apoyo. Lo único que se le ocurrió fue llamar a Carol, quien muy diligentemente llegó al lugar pocos minutos después.

- ¿Qué has sabido? –le preguntó Carol abrazando a Lucía.
- Nada. Aun nada. –le contestó visiblemente preocupada.
- Tranquila. Mi tío se cuida mucho, es una persona saludable dentro de todo y no debe ser sino una dificultad.
- Me preocupa mucho que sea un coma diabético.
- No pienses lo peor. En este momento es necesario llenarse de las mejores energías. Calma. –ella intentó darle ánimos a Lucía.
- Es muy difícil. –le dijo Lucía con los ojos nublados en lágrimas.
- Lo sé. Estoy aquí contigo. Haremos todo lo necesario para que esté bien.

La espera no fue corta, pero parecía mucho más larga de lo que había sido en realidad. Un doctor salió a la sala de espera y preguntó por los familiares de Doménico; inmediatamente, Lucía y Carol se levantaron. El médico les explicó que su familiar había tenido una subida de insulina muy violenta y que se encontraba en una situación delicada; por ello, les informó que habían contactado con el mejor especialista para que tratara el caso, pues estaba estable, sin embargo necesitaba un diagnóstico y tratamiento bastante específico.

La información no dejó más tranquila a Lucía; sin embargo, podía pasar a la habitación donde se encontraba su padre y eso le daba un poco de calma. Doménico estaba dormido, necesitaba descansar mucho para recuperarse. El especialista lo vería a primera hora del siguiente día.

- Deberías irte. –le dijo Lucía a Carol.
- No quisiera dejarte sola.
- No van a permitir que nos quedemos las dos.
- Lo sé, pero necesitas ayuda. –le dijo Carol.
- Voy a estar bien.

- No dudes en avisarme si necesitas que venga, por favor. Y mantenme informada. No voy a poder dormir nada.
- Lo haré. —Lucía abrazó a su prima con cariño.

Lucía se quedó sola con su padre, dormido, con una cantidad de máquinas que ella nunca había visto y que no tenía ni idea para qué era. Sintió mucho miedo. Frente a ella, estaba una de las personas más importantes de su vida. Para ella, solo existían tres personas: Carol, su hijo y su padre. No era sencillo verlo allí, tan débil, tan ausente de él mismo. Estaba frente a él y no podía sentir que lo extrañaba. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, se sentía de nuevo como un niña, pero por todos los temores que la asechaban.

La condición de diabetes le había sido diagnosticada a Doménico apenas unos meses después de la muerte de Lila, su abuelo había padecido de diabetes; por lo que no era de sorprender. Seguramente por el sufrimiento de la pérdida de su esposa, la preocupación por la diabetes había pasado por alto. Sin embargo, él lo había podido controlar muy bien, se medicaba y siempre cuidaba de su dieta. Así que sí era sorprendente lo que había pasado.

Lucía no había podido dormir, pues cualquier ruido que viniera de la cama de su padre la alertaban: los sonidos de las máquinas, algún movimiento, su respiración, todo. Doménico no había despertado; las enfermeras trataban de calmar a Lucía diciéndole que era normal por los medicamentos que le estaban suministrando; pero ella no se sentía más tranquila.

- El doctor llegará muy pronto. —le dijo una enfermera con mucha amabilidad.
- Gracias.

Ella no podía esperar el momento en el que llegara el especialista y le diera más información acerca de la condición de su padre. Se acercó a su padre, lo

observó con el corazón hinchado de amor y rodó uno de los mechones de su cabello hacia otro lugar, solo para hacerle una delicada caricia.

- Buenos días. —escuchó Lucía la voz de un hombre que le pareció un poco conocida.
- Buenos días. —Lucía volteó, esperando ver al especialista que estaba esperando.

A su mente le costó más de lo usual asimilar lo que sus ojos veían; pensó que estaba alucinando. Tuvo que pestañar varias veces y volver a enfocar al hombre que caminaba hacia ella vestido con bata blanca. Cuando constató de quien se trataba, sintió que su respiración se entrecortaba, su corazón latía velozmente y no podría disimular lo que le estaba pasando.

- ¿Lucía? —dijo él también visiblemente sorprendido.
- ¿Eres doctor? —alcanzó a preguntar ella.
- Sí, me han encargado una consulta con Doménico Cedeño. —dijo él mirando su carpeta.
- Él es mi padre.
- Entiendo. Pues que coincidencia. Debes estar preocupada. Tranquila, voy a revisarlo y entonces conversamos de lo que hay que hacer al respecto. —le dijo él con un tono de voz muy cálido.

Él se dirigió a la cabecera de la cama y comenzó a auscultar al padre de Lucía. Ella se alejó y lo observaba mientras él lo revisaba físicamente, veía cada uno de los monitores presentes en el lugar y luego veía papeles en la carpeta que tenía en la mano. Se veía un poco distinto, usaba lentes y aquel atuendo de médico que lo hacía lucir como una persona completamente distinta. Se notaba muy concentrado y Lucía aun no podía superar el asombro que le causaba aquella situación.

Sin embargo, una idea le llegó a su mente: él había recordado su nombre. Aquello le causaba una chispa de emoción indescriptible; ¿por qué habría de recordar si nombre luego de un encuentro tan breve? Pensó que de alguna manera lo había impactado para que él se acordara de su nombre.

- Bien. Tu padre tuvo una crisis de hiperinsulinismo. Hay que cambiarle el tratamiento, la condición ha avanzado y es hora de recetarle una insulina inyectada. No quiero que te preocupes, pero si debemos ocuparnos. Esta en una situación delicada, así que lo tendremos aquí el tiempo que sea necesario para estar completamente seguros de que esto no se va a volver a repetir. Voy a indicarle una insulina y otras pruebas de laboratorio. Luego de la aplicación del medicamento, se le tomarán varias muestras de insulina; no te alarmes por eso. Y yo personalmente vendré a verificar su estado cada vez que tenga la oportunidad. ¿Está bien?
- Sí. —le dijo ella hipnotizada por sus ojos y sus palabras.
- ¿Tú te encuentras bien? Te veo un poco pálida. ¿Desayunaste?
- No. Aún no he comido. —le respondió ella.
- No me gustan los cafetines de hospitales, pero podemos ir a uno cerca de aquí y comer algo. Yo tampoco he desayunado.
- No es necesario y no quiero dejarlo solo. —le dijo ella mirando hacia su padre.
- Entiendo. Te prometo que él va a estar bien.
- Gracias.
- Este es mi número. Llámame para lo que necesites. —él le entregó una tarjeta con su nombre.
- Está bien.
- Bueno... Nos vemos pronto. —él le dedicó una sonrisa delicada y salió de la habitación.

Ella tuvo sensaciones encontradas. Primero, sintió alivio de que él se fuera pues podía dejar de disimular que estaba temblando. Segundo, se lamentaba de que se hubiese ido, pues le gustaba tenerlo frente a ella. Entonces, cayó en cuenta que lo que le estaba pasando era serio e intenso, pues la había hecho pensar en otra cosa por algunos minutos durante aquella situación tan delicada.

- Vino el especialista. —le escribió Lucía a Carol.
- ¿Y qué dijo?
- No es sólo lo que dijo, es también quién es. ¿Puedes traerme desayuno?
- Voy para allá.

En algunos minutos, Carol ya estuvo con su prima, escuchando lo que tenía para contarle. Estaba tan sorprendida como la propia Lucía. No podía creer lo que le estaba contando. Lucía desayunó y sintió un poco de alivio, pues su cuerpo comenzaba a sentir la debilidad. Inesperadamente, se escuchó que tocaron la puerta.

- Adelante. —dijo Lucía.
- Hola, de nuevo. Quise traerte esto para que desayunaras. —le dijo Juan Antonio entregándole una bandeja y un jugo.
- No era necesario. —le dijo Lucía al borde de la euforia.
- Quiero ayudar. Sé que es un momento muy difícil.
- Ella es mi prima Carol. Carol, él es el especialista del cual te hablé. —Lucía los introdujo.
- Mucho gusto. —Carol extendió su mano sin poder evitar el asombro.
- Es un placer. Voy a seguir con mi ronda, ya tienes mi número si me necesitas. —él salió de la habitación de nuevo.

- ¿Es él? –preguntó Carol con los ojos muy abiertos.
- Sí. –dijo afirmando también con la cabeza Lucía.
- Pues es un galán primero que nada. Segundo, ¿se acordó de tu nombre y te trajo desayuno porque pensaba que no habías comido? Aquí está pasando algo.
- No digas eso. Yo no puedo complicarme así la vida. Y en este momento la prioridad es mi papá. –dijo Lucía.
- Claro que sí. No hay duda de que esa es la prioridad; pero aquí está pasando algo. Yo creo que le gustas tanto como te gusta él a ti.
- Él no me gusta. –replicó Lucía.
- Lucy, claro que te gusta. Nunca te había oído hablar así de alguien, mirar así a alguien, ni tampoco ser tan impulsiva. Y no soy especialista en hombres, pero estoy bastante segura que exactamente así luce un hombre que siento gusto por una mujer.
- Carol, eso no puede ser.
- Eres una mujer atractiva, ¿por qué no puede ser? –le preguntó Carol.
- Porque estoy casada y para completar ese es el hermano y peor enemigo de mi propio esposo.
- Prima, eso no se puede llamar esposo. –Carol la miró fijamente.
- Pero lo es.
- Aunque estén casados, ustedes no tienen una relación.
- Pero estamos casados. –continuó Lucía.
- Eso se soluciona. Y puede que valga la pena solucionarlo. –Carol la miró directamente a los ojos.

Carol se había ido al trabajo y Lucía se quedó allí, junto a su padre. Ella quedó de regresar temprano para que ella pudiera ir a la casa un rato a asearse y cambiarse. No quería irse antes de ver a su padre de nuevo consciente, pero

por ahora no parecía que eso iba a ser posible.

Lucía se recostó en el mueble de las visitas y cerró un momento los ojos, no para dormir sino para detenerse a reflexionar un poco acerca de las sensaciones que tenía. Lo que prevalecía en su interior era mucho temor de perder a su padre; también sentía el silencio que le resultaba de alguna manera reparador y consolador. Entonces pensó en la manera como Juan Antonio la impactaba y causaba un efecto muy intenso en ella.

Con los ojos cerrados, no paraba de ver la imagen de este hombre frente a ella; con una sonrisa delicada, unos ojos tiempos y una barba descuidada de apenas unos días. Era increíble que aquel hombre que tanto odiaba Fernando tenía en sus manos la vida de su padre y le generaba mucha más confianza que él mismo, que era su esposo.

- Aló. —una llamada interrumpió la reflexión de Lucía, era Fernando.
- ¿Cuándo piensas ir a casa? —le preguntó él de manera directa.
- Hola Fernando. Mi padre está delicado, pero se tienen las mejores expectativas para su recuperación. Yo estoy cansada y preocupada, pero estar aquí me reconforta. Gracias por preguntar. —le dijo ella con toda la ironía que conocía.
- No tengo tiempo para tus estupideces en este momento.
- Si son estupideces entonces no tenemos de nada de qué hablar. —  
Lucía cortó la llamada.

Ella misma se sorprendió ante aquello que acababa de hacer, antes no había tenido el valor para tratarlo de la manera como se merecía. Le dio curiosidad saber la razón que la estaba impulsando en ese momento. Quizás tenía que ver con su estado de preocupación o era algo referente a lo que le estaba sucediendo con Juan Antonio. No lo sabía, pero se sentía satisfecha.

Fernando volvió a llamarla en cinco oportunidades más y ella no le contestó. Definitivamente, no se merecía que ella dedicara ni una pizca de su atención en aquel momento. Entonces, inesperadamente, sintió que la respiración de su padre cambió, comenzó a mover y, cuando ella se acercó, él abrió los ojos de a poco.

- ¿Qué pasó?, ¿dónde estoy? –preguntó Doménico con dificultad.
- Estamos en el hospital papá. Tuviste un problema con la insulina, pero vas a estar bien. Tienes que descansar y dejar que te cuidemos. ¿Sí? –ella le dijo con amor y tratando de tener un tono tranquilizador.
- ¿Desde cuándo estoy aquí? –él se veía un poco desconcertado.
- Desde anoche papá.
- Tengo mucha sed. –le dijo él.
- Ya te traigo agua. –ella fue a una esquina de la habitación a conseguir el agua a la vez que escuchó que tocaban la puerta y luego abrían la cerradura.
- Don Doménico, me alegra verte despierto. –se trataba de Juan Antonio.
- Hola Doctor.
- ¿Cómo te sientes? –le preguntó él acercándose.
- Me siento un poco desorientado, algo mareado también.
- Entiendo, pero es perfectamente normal. Te estamos suministrada insulina y controlando todos los niveles. Todo va a salir bien y pronto estarás de regreso a tu casa. –le dijo.
- Gracias.
- Descansa todo lo que puedas. Yo estaré pendiente de manera personal. –él caminó hacia Lucía.
- ¿Cómo lo ves? –le preguntó ella.

- Mejor. Es un excelente signo que haya despertado. Quiere decir que sus niveles se están normalizando. De todas maneras hay que observarlo de cerca, pero tú deberías descansar un poco. –le dijo él con suavidad.
- En un rato viene mi prima y podrá ir un momento a casa. –le contó.
- Me parece muy bien. –él se quedó observándola a los ojos.
- ¿Cómo va el asunto de la herencia? –le preguntó ella.
- ¿Tu esposo no te ha comentado nada?
- Solo supe que la prueba de paternidad arrojó resultado positivos. Él y yo no conversamos demasiado. –a ella se le escapó.
- ¿Y eso por qué?
- Es una larga historia. –ella bajó la mirada y aclaró su garganta.
- Si yo tuviera una esposa tan hermosa como tú no dejaría de compartirlo todo contigo. –le dijo él.
- Mi papá... él... tiene sed. –le dijo ella mientras el vaso con agua casi se escapaba de sus temblorosas manos.
- Sí, claro. Nos vemos luego. –él se sonrojó y salió de la habitación.

Ella se dirigió hacia su padre y le dio a beber el agua. Él se volvió a dormir; entonces se sentó para respirar profundo y tratar de calmarse. No podía creer lo que él le había dicho, aunque no era experta en flirteo, ella estaba casi segura que aquello se había tratado de un coqueteo muy obvio. Estaba nerviosa, se preguntaba por qué él había dicho algo así; quizás era esa clase de hombre que coqueteaba con todas las mujeres o era que había notada la atracción que ella estaba sintiendo por él.

- Hola. ¿Cómo está? –su prima Carol entró en la habitación.
- Mejor, creo. Hace un momento se despertó y habló un poco.
- Qué bueno. –expresó ella con una sonrisa.

Inmediatamente después, algunos monitores comenzaron a hacer sonidos desconocidos y ambas se alarmaron mucho. Se acercaron a Doménico para despertarlo, pero él no reaccionaba y se veía muy pálido. Carol corrió afuera a pedir la asistencia de alguien y la primera persona que ingresó en la habitación fue Juan Antonio y algunas enfermeras lo siguieron. Luego de una rápida revisión actuó de manera muy imperativa.

- Hay que llevarlo a cuidados intensivos ahora mismo. —se dirigió a las enfermeras y todos comenzaron a correr.
- ¿Qué pasa?, ¿qué le pasa? —Lucía se acercó a él.
- Necesito que estés calmada. Él va a estar bien. —le dijo con el rostro muy cerca de ella y sus manos entre el cuello y mentón.

## V

- Su cuerpo no reaccionó bien a esta insulina. Debemos probar con otra en dosis inferiores para ver los efectos que pueda causar en él. —le dijo Juan Antonio después de que Lucía estuvo más de una hora a las afueras de cuidados intensivos.
- ¿Están experimentando?
- No Lucía. Esto debe hacerse. En este tipo de casos, no podemos estar seguros de cómo va a reaccionar el cuerpo ante esta clase de sustancias. Pero te aseguro que estoy siendo cuidadoso. —le dijo él con serenidad.
- Ok. —ella estaba a punto de llorar.
- Oye, oye. Te lo prometo, él va a estar bien. —él la abrazó.

Lucía se dejó ir y lloró en los brazos de Juan Antonio. Ella se aferró fuertemente a él, como si estuviera por caerse y necesitara de su ayuda para mantenerse en pie. Entonces, recibió de él un abrazo aun más fuerte y

palabras de aliento al oído con una voz tierna y delicada. Cuando se dio cuenta de la situación en la que estaba, se separó de él y secó sus lágrimas.

- Disculpa, por favor. No suelo ser así. —le dijo ella muy sonrojada.
- No tengo nada que disculparte. Quiero ayudarte en todo lo que pueda.
- Lucy, él va a estar bien. —su prima la sostuvo desde atrás.
- Bien, les estaré comunicando si hay algún cambio en el estado de Doménico. —él se fue.
- ¿Estás bien? —le preguntó Carol a Lucía.
- No sé por qué hice eso. —le dijo preocupada.
- Estás sensible. No tienes nada de qué avergonzarte. ¿Sí?

Ambas se sentaron en la pequeña sala de espera que había en esa área. Compartía en lugar con una madre cuyo hijo había tenido un terrible accidente en motocicleta y el esposo de una mujer que había intentado suicidarse. Ante aquellas tragedias, la crisis del padre de Lucía no se veía tan mal; sin embargo, esto no era consuelo para ella. Lo único que quería en ese momento era ver a su padre recuperado.

- Deberías ir a casa un momento. —le sugirió Carol.
- No puedo.
- En este momento, no hay nada que hacer. Él está bajo una vigilancia estricta, no podría estar en mejores manos. Él te necesita fuerte. —le dijo tratando de convencerla.
- No Carol, no.
- Yo te aviso cualquier cosa. Cuentas conmigo. Anda. Tú hijo debe estar preocupado.

Finalmente, Carol logró convencer a Lucía con el argumento de Santi. Así

que se dirigió a su casa directamente. Tenía pensado regresar lo antes posible. Le explicaría la situación a Santi, se ducharía y regresaría inmediatamente. Pero al llegar a su casa se encontró con un panorama completamente distinto al que esperaba.

Fernando estaba en la sala, ayudando a Santi a hacer su tarea. Entonces ella saludó a su hijo con un beso y pasó directo a ducharse, pensó que lo mejor era esperar un poco para conversar con su hijo. Mientras caminaba, se dio cuenta que Fernando iba detrás de ella a paso rápido. Así que al llegar a la habitación de volteo.

- ¿Qué sucede? –le preguntó ella a él.
- Eso mismo quisiera saber yo. ¿Qué es lo que te sucede?
- No creo que te interese demasiado. –le respondió ella.
- Me interesa cuando estás descuidando a Santiago como si él no importara. –le dijo alzando la voz.
- No es necesario que grites, no quiero que Santi escuche. Es mi padre Fernando y yo voy a velar por él. Así que te sugiero que te calmes. Yo hablé con Laura y ella estuvo de acuerdo en encargarse de las cosas de Santi mientras estoy con mi papá.
- Ella no es su madre, su madre eres tú.
- Lo tengo bastante claro, pero en este momento quien me necesita es mi padre. –le dijo ella.
- No me interesa. Tú debes estar es aquí, con tu hijo. No puedes hacer nada por tu padre. Deja que los doctores se encarguen de él, para eso se les paga.
- Yo no soy como tú Fernando. Yo no voy a dejar a mi padre solo durante una enfermedad. –le dijo Lucía con franqueza y crudeza.

Los ojos de Fernando se encendieron en ira e, como si se tratara de un

latigazo, él le soltó una fuerte cachetada a Lucía. El golpe le volteó la cara, pero ella enseguida se incorporó y lo miró directamente a los ojos, con la respiración acelerada. Parecía que él quería decirle algo, pero no lograba musitar palabra alguna por la ira que lo envolvía.

— No vuelvas a tocarme más nunca en tu vida. —ella le advirtió y se volteó para entrar en el baño.

Su cuerpo no dio más. Se tuvo que sentar en el piso, con la espalda apoyada en la puerta. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos completamente descontroladas. Todo aquello era demasiado para ella y podía sentir el ardor en su rostro, en el lugar donde Fernando la había cacheteado. En cada disgusto, ella sintió que él era capaz de hacer algo así, pero de pensarlo a vivirlo había diferencia; ahora sabía que había estado en lo cierto.

Ella sentía que todo se le venía encima. Se decía a sí misma que tenía que tener fuerzas, que su padre la necesitaba y Santi también. Eso fue lo que logró que ella se levantara. Se vio en el espejo y en su reflejo observó una parte de sus rostro muy enrojecido. Respiró profundo y entró en la ducha.

Abrió el agua fría y la dejó caer sobre su rostro. Esto le aliviaba un poco el ardor que él le había dejado. No sentía rabia, solo impotencia; pues sabía que se había cruzado otro límite y no volvería atrás. Solo se alegraba de no haberle demostrado debilidad. Su matrimonio era una completa farsa. Llegó el momento de buscar la manera de deshacerlo. Ninguno de los dos era feliz, ni estaba satisfecho, ni amaba al otro; todo era un completo sinsentido.

Después del baño y la resolución que tomó para su vida, se sintió un poco aliviaba; aunque sabía que ahora debía enfrentarse a lo peor. Nunca se había considerado como una persona especialmente fuerte o decidida; siempre admiró a este tipo de gente. Ya había llegado la hora de ser quien le gustaría

y no lo que la vida le había impuesto.

Al salir del baño, se vistió con tranquilidad, se vio en el espejo y vio que el enrojecimiento tenía un tono extraño, solo esperaba que no se notara demasiado. Salió de la habitación a buscar a Santi para conversar con él. Lo encontró en su habitación, solo; jugando con su ordenador. No vio a Fernando, eso la tranquilizaba aún más.

Ella trató de explicarle la situación con su abuelo de la manera más delicada posible; sin embargo, vio que los ojos del pequeño se iban llenando de miedo. Intentó frenarlo, prometiéndole que todo iba a estar bien. Tan sólo le pedía que tuviera paciencia, fortaleza y el mejor comportamiento ya que ella debía estar ausente un periodo de tiempo incierto. Él le prometió que no tendría ninguna queja de él. Lucía le dio un abrazo a su hijo y se fue de nuevo hacia el hospital.

No se encontró con Fernando a su paso, así que suponía que había salido. Tal vez tenía más temor que ella misma que lo denunciara o le dijera a alguna persona de lo que había ocurrido. A quien sí se encontró fue a Laura y le explicó la situación de su padre. Ella le dio un abrazo y le ofreció toda su colaboración, Lucía se sintió un poco reconfortada. Ya de regresó en el hospital, nada había cambiado.

- Juan Antonio ha pasado varias veces por acá y te ha estado buscando con la mirada. –le dijo Carol.
- Carol, eso es inapropiado.
- Pero es cierto. Solo te estoy informando. A ti se te nota que estás derretida por él y déjame decirte que tal parece que él también.
- No creo. –le dijo Lucía en voz baja.
- Oye, tenía la cara roja. ¿Te pasó algo? –le dijo viéndola con

detenimiento.

- No pasó nada. —ella bajó la mirada.
- Siempre has sido pésima mintiendo. Dime qué pasó Lucía. —le dijo Carol con seriedad.
- Nada.
- ¿Fernando te hizo algo? —Carol se estaba llenando de odio.
- Carol...
- Te juro que lo voy a matar. —le dijo ella con rabia.
- Cálmate. No vale la pena.
- ¿Qué es lo que no vale la pena?, ¿tu vida?, ¿tu integridad?, ¿tu felicidad? Él cree que tú estás sola en el mundo y le voy a demostrar que está muy equivocado. —expresó con mucha rabia.
- Lo voy a dejar.
- ¿Qué? —Carol se sorprendió.
- Lo voy a dejar. Lo haré. Esperaré que todo esto pase y voy a conseguir la manera de divorciarme de él.
- Eso me alegra mucho, pero igual le voy a romper la madre. —le advirtió.
- Hola. —Juan Antonio interrumpió la conversación.
- Hola. ¿Cómo sigue mi papá? —le preguntó ella ansiosa.
- Está mejor, está estable; pero creemos que lo mejor es mantenerlo acá para tenerlo bastante observado. —le dijo él.
- Entiendo. —dijo ella ofuscada.
- Pero conseguí que puedas verlo. ¿Quieres? —le dijo él mirándola con ternura.
- Sí, claro que sí. —ella se emocionó.
- Bien. Vamos.

Lucía caminó al lado de Juan Antonio hacia el interior de cuidados

intensivos. Aquel lugar era muy distinto al resto del hospital; todos tenían un atuendo mucho más tapado. Incluso el personal tenía especie de bolsas en los zapatos. Ella tuvo que vestirse de la misma manera para poder estar en esta área. La iluminación era distinta, mucho más blanca e intensa. Las paredes tenían un blanco intenso que hacía parecer que se estaba en el interior de una nube.

Lucía y Juan Antonio caminaban por un largo pasillo. Todas las personas que estaban allí, lucían muy ocupadas y preocupadas; caminaban rápido con documentos en las manos, sin prestar mucha atención al resto de las personas. Aquello le dio la sensación a Lucía de que lo que ocurría era mucho más complejo de lo que ella sabía, y sintió miedo. Su padre siempre fue el fuerte, la cuidaba y la ayudaba; ahora él era el que necesitaba de parte de ella fuerza, cuidados y ayuda.

Por fin entraron a una de las alas, luego de abrir algunas puertas; Lucía vio a su padre a través de un vidrio. No pensó que fuera posible, pero ahora tenía más del doble de máquinas que había tenido antes en la habitación. No sabía qué sentir al respecto, quizás aquello era bueno porque lo tenían completamente monitoreado o podía ser muy malo porque necesitaba todo aquello.

- Ven. —le dijo Juan Antonio entrando a la habitación.
- No puedo creer que esto esté pasando de verdad. —dijo ella cuando ya estaba al lado de Doménico, tomando su mano.
- Está pasando, pero va a pasar pronto. Confía en mí.
- Es difícil pensar en que todo pasará.
- Tengo un tiempo trabajando en esto y he aprendido a deducir cuando las cosas saldrán bien.
- ¿Siempre aciertas? —le preguntó ella.

- No siempre, pero poco a poco he aumentado mi porcentaje de aciertos. Estará bien. Solo tenemos que estar completamente seguros de que su cuerpo reaccionará bien ante los medicamentos. Se nota que es una persona que se ha cuidado y esto lo va a superar. —le dijo con voz serena.
- Vale.
- ¿Hay algo que quieras preguntarme?
- Sí.
- Dime. —él la miró con atención.
- Siempre supiste que Santiago Ávila era tu padre, ¿cierto?
- Me refería a la condición de tu padre, pero vale. Supongo que es algo de lo que debemos hablar. —le dijo él con cierta incomodidad.
- Disculpa, no quise...
- No, no. Tranquila. Comprendo. Pues sí, siempre lo supe. Lo que no supe siempre es que mi padre tenía una familia consolidada fuera de mi hogar. —le confesó él.
- ¿Cómo es esto posible? —ella no comprendió.
- Es complicado. Mi padre estuvo un poco ausente en mi vida, pero no completamente. Cuando era pequeño, mis padres me decían que él tenía un trabajo muy importante y que tenía que estar siempre de viaje. Cuando él llegaba me llenaba de regalos y atenciones, por lo que no preguntaba demasiado. Conforme fui creciendo comencé a querer saber más y esto a él no le gustó; ni a mi madre tampoco. Entre en una etapa fuerte de rebeldía, hasta que cuando tenía unos diecisiete años, seguí a mi padre y me encontré con la verdad. Cuando se lo conté a mi madre, ella lo sabía. Me sentí muy decepcionado, ¿sabes? Ella estaba consciente del rol que cumplía en la vida de él y estaba conforme con ello. Lo enfrenté, le dije

todo lo que sabía y le dije que se alejara de mí; que no lo quería en mi vida. Dejó de ir a casa, mi madre estaba muy triste y estoy seguro de que me culpaba a mí. A casa llegaban dos cheques cada mes, uno para mi madre y otro para mí. Yo no quería usarlo, pero luego cuando entré a la facultad de medicina supe que tenía que guardarme mi orgullo para poder cumplir con mis metas. Me prometí que usaría ese dinero solo para mis estudios y que después se lo retribuiría por completo. Me gradúe de la facultad y le permití estar en el acto. Eso lo llenó de emoción, pero igual no quise tenerlo en mi vida; le dije que le devolvería el dinero y que no quería su herencia. No fue fácil, estaba muy molesto conmigo y la distancia fue aún mayor. Cuando se le descubrió el cáncer yo lo cuidé. No había nada que hacer, traté de hacer que se sintiera cómodo, por lo menos. –le contó él.

- Un momento. ¿Él conocía de la gravedad de su enfermedad? –le preguntó ella sorprendida.
- Sí, desde el principio.
- Él le dijo a su familia que no era nada grave, que no se preocuparan.
- No sé por qué lo hizo.
- Supongo que prefería pasar sus últimos días contigo, ya que la mayor parte de tu vida no estuvo. –reflexionó ella.
- No lo sé. Ha sido muy duro, aunque teníamos muchas diferencias, era mi padre y sé que me amaba. –él bajó la mirada.
- Lo lamento mucho. –le dijo ella con suavidad.
- Y ahora tengo todo este asunto de su familia y es terrible. Yo no quiero ese dinero. Te lo aseguro, pero según entiendo no tengo manera de declinar.

- No sé qué decirte al respecto. No entiendo mucho de eso. Supongo que si él es tu padre es algo que te corresponde.
- ¿Por qué tu esposo no está aquí contigo? –le preguntó él.
- Directo, ¿no?
- Tú lo fuiste. –le dijo él.
- Es justo. Pues estamos casados, pero no somos lo que se puede definir como una pareja en realidad.
- ¿Por qué están casados entonces? –le preguntó él.
- Cometí un grave error de confiar en Fernando cuando era muy joven, quedé embarazada y Santiago Ávila nos impuso que debíamos contraer matrimonio. Perdí a mi bebé, pero Fernando necesitaba que tuviéramos un hijo, así que después de un tiempo tuvimos a Santi y él ha sido mi vida desde entonces. Un divorcio en la familia Ávila no está nada bien visto. –le contó ella.
- Nada de eso suena justo.
- Así es la vida. Supongo. –le dijo ella.
- ¿Te golpea? –le preguntó él.
- ¿Qué? –ella se sorprendió.
- Tienes un golpe en el rostro.
- No es un golpe, es que...
- Ni siquiera lo intentes. Soy médico y se reconocer un golpe. –le advirtió él.
- No lo había hecho nunca antes.
- No trates de justificarlo.
- Créeme, no lo hago. Te digo la verdad. Siempre ha sido muy duro conmigo, pero hasta hoy no había llegado a nada físico. –le contó ella.
- No te mereces pasar por algo así. –le dijo él mirándola a los ojos.

- Es una situación que aun no sé cómo remediar.
- Podrías denunciar esto y...
- No. Él tiene todo el dinero y la influencia a su favor; yo no tengo manera de ganar algo así. —ella lo interrumpió.
- Tienes que alejarte de él.
- Espero que eso sea posible.
- Cuenta con mi ayuda en lo que necesites. —le dijo él.
- ¿Por qué? —le preguntó ella.
- No entiendo la pregunta.
- ¿Por qué parece que te importa mi situación? —le preguntó ella mirándolo directamente a los ojos.
- Porque me importa.
- Pero, ¿por qué? —ella insistió.
- Siento que eres buena persona.
- Vale.
- Me transmites algo especial desde la primera vez que te vi, en el funeral; aunque no sabía quién eras. —le confesó él.
- ¿Algo especial? —él corazón de ella se comenzó a acelerar al darse cuenta que ambos estaban muy cerca.
- Sí. —dijo él mirando los labios de Lucía.

Como el metal que es atraído por un imán, los labios de Lucía y Juan Antonio no pudieron evitar dirigirse uno hacia el otro. Cuando sus bocas se juntaron, ambos sintieron una especie de combinación de alivio y excitación que nunca antes había experimentado. Él la abrazó desde la cintura y ella se sostuvo de su cuello, mientras que sus bocas bailaban una música suave y hermosa.

Un sonido que vino desde afuera de la habitación los despertó del ensueño. Lucía estuvo a punto de entrar en crisis al darse cuenta de lo que había

pasado, respiraba profundo. Cuando Juan Antonio intentaba acercarse a ella, recibió una llamada, vio la pantalla de su móvil y tuvo que contestar. Se trataba de una emergencia con un paciente.

- Tengo que atender esto. Luego, vamos a hablar. ¿Sí? Puedes quedarte aquí. —él salió antes de que ella pudiera decir algo.

Lucía estaba en un estado de shock. Todo desde el día anterior era completamente irreal. Si le hubiesen dicho en la mañana de ayer que todo esto iba a suceder, a ella le hubiese parecido completamente irreal; todo había llegado junto. Sabía que no debió haberlo besado, pero no entendía cómo había sucedido y no podía evitar sentir aun los suaves labios de él sobre los suyos.

Cerró los ojos y disfrutó un momento más de aquella cálida sensación. Hacía tanto tiempo que no había besado a nadie. Se dio cuenta que nunca había sido besada de esa manera, ni nunca había dado un beso como aquel. Por mucho era la situación más tierna y excitante que había tenido en su vida. Eso la emocionaba, pero al mismo tiempo la llenaba de muchísimo miedo. Ahora cómo podría mirarlo a la cara, cómo podría estar frente a él sin desear besarlo y estar con él.

Después de algunos minutos, cuando ya había logrado desacelerar su corazón y su respiración. La puerta de la habitación se abrió y ella sintió de nuevo que todo en ella se aceleraba, pero no era Juan Antonio sino una enfermera. Así que de nuevo intentó calmarse. Pero la tranquilidad no le duró demasiado, pues sin que se diera cuenta Juan Antonio estaba frente a ella.

- Ya regresé. —dijo él aclarando su garganta.
- Okey. —ella no sabía qué decir.
- ¿Podemos hablar de...?

- No es necesario. —ella lo interrumpió.
- Sí, es. Claro que sí. Acompáñame, por favor.
- ¿Adónde?
- Donde podamos hablar en privado. —le dijo él.
- ¿De qué?
- Lucía... -dijo como una petición.
- Está bien.

Ambos salieron juntos del área de cuidados intensivos. Después de la puerta seguía Carol esperando, ella se levantó y caminó hacia Lucía, quien le dijo que todo seguía igual. Le pidió que se fuera a descansar y a atender sus asuntos. Carol sintió a Lucía un poco extraña, pero supo que tenía que atender a su petición. Juan Antonio llevó a Lucía hasta su consultorio.

- Lucía, no sé qué me pasa contigo. Sé que nos conocemos desde hace muy poco o que quizás no nos conocemos nada; pero no puedo evitar sentir que quiero estar cerca de ti. No sé si esto es una locura sin sentido o qué, pero me está pasando. No sé qué hacer y no creo que lo pueda evitar. —le dijo él visiblemente afligido.
- Juan Antonio yo estoy casada, y no solo casada, sino que lo estoy con tu propio hermano. Aunque ustedes no se ven como tal lo son. —le dijo ella.
- Lo sé. Lo que no sé es qué hacer. Cómo evitarlo. No quiero perjudicarte, pero algo me atrae hacia ti y saber que no eres feliz con él, que no lo quieres, que no son realmente una pareja, que trata tan mal... No sé. Siento que no merece estar contigo. Ni siquiera se está dando cuenta de lo que tiene a su lado y es injusto.
- Tú tampoco sabes cómo soy, quien soy... Es algo pasajero. —le dijo ella, buscando las palabras adecuadas para no decirle que a ella le

estaba pasando lo mismo.

- Tal vez. Pero, ¿y si no? –le preguntó él.
- No sé.
- Tú también me besaste... -le dijo él y se acercó a ella.
- Estoy pasando por un momento emotivo, difícil... Me siento sola y... Disculpa. Debí detenerlo.
- No quiero que me pidas disculpas, ni creo que me hayas besado por eso. Creo que te está pasando lo mismo que a mí. –le dijo él muy cerca.
- Por favor... -ella le colocó la mano en el pecho para alejarlo, él se la tomó y la besó.

Juan Antonio se dio cuenta que ella estaba temblando, así que supo que estaba en lo cierto: ella sentía lo mismo. Sin mediar una palabra más y sin tratar de contener sus impulsos, él la abrazó a la altura de la cintura y volvió a besarla. Esta vez de una manera mucho más intensa e intencional. Lucía no pudo hacer más que dejarse llevar, no tenía la voluntad suficiente para negarse ante algo que deseaba tanto.

Poco a poco, la intensidad del beso fue escalando. Sus cuerpos se estrechaban cada vez más y sus manos se aferraban con fuerza al otro. Juan Antonio comenzó a besar el cuello de Lucía y ella no pudo evitar jadear de excitación; sentía que se derretía en la boca de él. Mucho más cuando debido a la cercanía de sus cuerpos, sintió la erección de él pegada a su vientre. La boca de él comenzó a bajar y con sus manos se ayudó para abrirse paso por la camina de ella. Antes de que ella se diera cuenta, Juan Antonio se estaba apropiado de sus senos con su boca y ella ya ni siquiera pensaba en detenerlo, solo deseaba que siguiera, pero de pronto se detuvo y su rostro estaba frente al de ella.

- ¿Quieres que me pare? –le preguntó él.
- No. –le dijo ella mientras comenzaba a desabotonarle la camisa.
- Quisiera que estuviéramos en un lugar más adecuado, no quiero que pienses que esto es lo único que quiero. –le dijo él con la respiración entrecortada por la excitación.
- Te necesito. –le dijo Lucía y lo silenció con un beso.

Y era cierto, ella lo necesitaba. Estaba completamente desesperada por sentirlo dentro de ella, algo que nunca antes había sentido; un deseo completamente desenfrenado y que tenía que saciar en ese mismo instante. Juan Antonio no dudó en darle rienda suelta a toda su pasión. La desnudó por completo y se deshizo también de toda su ropa mientras que la besaba. Él la levantó un poco y la sentó en su escritorio para estar entre sus piernas. Entonces, con una mano dirigió su miembro al interior de Lucía.

Ella sintió cómo él se abría paso en su interior, no sólo físicamente sino en muchos otros niveles. Ambos se movían al compás que sus cuerpos les pedían. Lucía sentía que se iba a inundar desde su interior y que un calor la envolvía desde su vientre. Rápidamente la intensidad de sus movimientos fue máxima para llegar a la entrega total. Un mismo orgasmo los sorprendió a los dos. Se quedaron inmóviles y abrazados, deseando que este momento no terminara.

## VI



Pasaron algunos días y aunque el padre de Lucía seguía hospitalizado, ya se encontraba en una habitación privada y estaba mucho más recuperado. Durante esos días, Juan Antonio y Lucía había encontrado momentos para estar solos y besarse; incluso, él había encontrado la manera de ofrecerle un lugar más cómodo para dormir algunas horas y él la había acompañado.

- ¿Me ves dormir? –le preguntó ella al despertar.
- Sí. –le contestó él con una sonrisa y le dio un beso en la mejilla.
- ¿Por qué?
- Porque eres hermosa y no me lo quiero perder. –le respondió él.
- Tonto.
- Tonto es aquel que no lo vea.
- Debo levantarme. –le dijo ella.
- Sí. Vamos, pero primero dame un beso. –se besaron con ternura.

Lucía entró en la habitación de su padre en compañía de Juan Antonio y se encontró con Carol conversando con Doménico. Ella se acercó a saludarla y él se despidió un poco nervioso. Después de un rato, Doménico se quedó dormido y Lucía se sentó en el sofá de la habitación sabiendo que Carol se

había dado cuenta de algo.

- ¿Cómo estás? –le preguntó Carol sentándose a su lado.
- Estoy bien. Me siento mucho más tranquila viendo cómo evoluciona papá. –le dijo ella tratando de sonar natural.
- Juan Antonio se ha comportado de manera muy especial, ¿cierto?
- Sí, es muy buen doctor. –le respondió ella.
- ¿Nada más?
- No entiendo. –le dijo Lucía a su prima.
- ¿No entiendes? –Carol alzó una de sus cejas.
- ¿Qué te pasa?
- Lucía, te conozco. Algo está pasando. Dímelo o voy y se lo preguntó a él. –le advirtió Carol.
- No Carol. No hagas eso.
- Entonces habla conmigo. –insistió.
- Está bien. Sí está pasando algo.
- ¿Y qué es?
- Nos besamos... -le dijo Lucía.
- ¿Cuándo?
- Hace unos días.
- ¿Y no me dijiste nada? –le preguntó Carol con cierto disgusto.
- Sí, sabes que es algo que no puede ser.
- Pero yo soy tu prima y tu confidente. Tienes la obligación de contármelo todo.
- Te lo iba a decir, pero luego. –se justificó Lucía.
- ¿Sólo fue un beso?
- Más de uno. –contestó ella.
- Pero, ¿solo besos? –Carol la miró directamente a los ojos.
- Tuvimos sexo. –le dijo Lucía resignada ante la certeza de que Carol

- lo descubriría aunque no se lo dijera directamente.
- ¿Qué? Me dejas impactada. Tenías que habérmelo dicho. —estaba muy sorprendida.
  - Carol, por favor. Es algo... muy privado.
  - Estoy orgullosa de ti. —le dijo sonriendo.
  - ¿Qué?
  - Sí, por fin haces algo por ti, por fin te dejas llevar, por fin disfrutas. No sabes lo aliviada que me siento. —le dijo emocionada.
  - Estás loca.
  - ¿Por qué?, ¿por querer que seas feliz? Pues entonces sí, estoy loca. Y me alegra haberte contagiado un poco de mi locura. —Carol el sonrió.
  - Sabes que lo nuestro no puede ser. Está Fernando.
  - Me dijiste que lo vas a dejar cuando esto pase. —le advirtió ella.
  - Sí, claro. Lo haré o lo intentaré: pero igual. Juan Antonio es su hermano. Esto es demasiado.
  - Uno no elige en quien fijarse Lucy, que te lo digo yo. ¿Sí? Déjate de pendejadas, si ese es el que te gusta, acéptalo. ¿Cuánto tiempo pasó para que alguien te hiciera sentir lo que te hace sentir él? No vayas a desperdiciarlo. Aprovecha la oportunidad que te está dando la vida para ser feliz y no dejes que estupideces sean más importantes que tú. —le dijo Carol con seguridad.
  - Parece fácil...
  - No lo es, pero vale la pena. —ella la interrumpió.

Un par de día más y Doménico estaba completamente recuperado y listo para regresar a casa. No veía la hora de salir de aquel lugar; mientras Lucía tenía sentimientos encontrados. La felicidad de saber que su padre ya estaba bien, no se podía comparar con nada, pero al irse, ya no estaría cerca de Juan

Antonio y su vida retomaría aquella normalidad que tanto detestaba.

- Hola. ¿Cómo estás Doménico? –Juan Antonio entró en la habitación antes de que Lucía y su padre se fueran.
- Estoy perfectamente bien, doctor. –le contestó rápidamente.
- Sólo lo dices porque te quieres ir ya.
- Es cierto que me quiero ir ya, pero también es verdad que me siento muy bien. Y eso es gracias a ti.
- Y a tu hija y a muchas otras personas que trabajaron para que así fuera. –le dijo Juan Antonio.
- Es cierto. –Doménico sonrió.
- ¿Puedo robarme a Lucía unos minutos? Necesito hablar con ella de algunas cosas.
- ¿Todo bien? –le preguntó él.
- Sí, sí. Solo unos asuntos sobre el tratamiento. Nada de qué preocuparse. –le dijo él.
- Vale.
- Te espero en mi consultorio. –le dijo él y salió de la habitación.
- Ya regreso. –le dijo ella a su padre.

Ella sabía que lo que Juan Antonio quería hablar no se trataba de nada que tuviese que ver con el tratamiento de su padre. Todo ya había sido aclarado en ese respecto. Estaba segura que la despedida iba a resultar muy difícil. Para ella, aquello significaba que lo que estaba sucediendo entre los dos debía parar.

- Dime. –le dijo ella entrando al consultorio de Juan Antonio.
- No voy a dejar de verte. –le dijo Juan Antonio a Lucía.
- Juan, los dos sabemos que esto no es posible.
- ¿Quién lo dice?

- No se trata de quién lo diga, es sobre las circunstancias. —le dijo ella.
- Seré paciente. Esperaré el tiempo que sea necesario para que lo dejes y podamos estar juntos como lo deseo.
- Eso no es justo para ti. —expresó ella.
- Lo que no es justo para mi es tener que alejarme de ti. No pienso hacerlo. Y la verdad es que no te estoy preguntando, te lo estoy informando.
- ¿Me lo estás imponiendo? Porque no creo que eso vaya a funcionar conmigo ya. —le advirtió ella.
- No Lucía. No es una imposición, porque sé que tú también quieres estar conmigo. Enfrentaré lo que tenga que enfrentar con valor, por ti.
- Eres un hombre maravilloso y lamento mucho que nos hayamos conocido en estas circunstancias. Quisiera que todo fuese distinto, pero no lo es. —ella le dijo con emotividad.
- Haremos que poco a poco sea distinto, juntos. —la abrazó y le dio un beso en los labios.
- No se puede. —le dijo ella sin moverse.
- Se podrá.
- No lo creo.
- No me importa. Lo verás. —le dijo otro beso.
- Debo irme.
- Vale. Nos vemos pronto. —le dio otro besos de despedida y le abrió la puerta del consultorio.
- No creo.
- Verás. —él cerró la puerta.

Lucía llevó a Doménico a su casa junto con Carol y le pidió a ella que se

quedara con él un rato mientras ella buscaba algunas de sus cosas en casa de Fernando y también a su hijo. Estaba decidida a instalarse en la casa de su padre, con o sin el consentimiento de Fernando. Primero porque su padre necesitaba de sus cuidados mientras se recuperaba y segundo porque aprovecharía la oportunidad para dejarlo de una vez por todas.

- ¿Qué haces? –le preguntó Fernando cuando la vio en la habitación empacando su ropa.
- Me voy a casa de mi padre.
- Ya hiciste suficiente. Contrata a una enfermera para que se encargue de él mientras se recupera. Tú debes estar en tu casa. –le ordenó él.
- No, no quiero a ninguna enfermera. Lo voy a cuidar yo. –ella continuó empacando.
- ¿Qué es lo que te pasa a ti?, ¿ah? Tú eres mi esposa y no puedes hacer lo que te dé la gana.
- Eso se puede solucionar con facilidad. –ella lo enfrentó.
- No digas estupideces.
- Me voy donde mi padre y no es opcional. –ella se mantuvo firme.
- ¿Abandonas a tu hijo?
- No, él va conmigo.
- Él no sale de su casa. –le dijo él con un tono de voz alto.
- Es mi hijo.
- También es mi hijo.
- Él preferirá venir conmigo y lo sabes. –le dijo Lucía.
- No me importa. Ni él ni tú están en posición de decidir nada.
- No vas a hacer que me quede.
- Entonces te vas sin él. –Fernando salió de la habitación.

Lucía sentía que la rabia se le derramaba por todo el cuerpo. Quería llevarse a su hijo y nunca más tener nada que ver con Fernando; pero no veía cómo eso podría ser posible. Escuchó que abrieron la puerta principal, se asomó por la ventana y vio que Fernando salía con Santi. Lucía sabía que se lo llevaba para impedir que ella hablara con él y pensaba que probablemente eso la haría desistir; pero no. Ella estaba convencida de que necesitaba salir de allí. Encontraría la manera de llevarse a su hijo luego.

Terminó de empacar sus cosas y se fue. Carol no podía disimular la emoción que sentía al ver que su prima tomaba las riendas de su vida. La ayudó a instalarse en su antigua habitación, mientras se tomaban algunas copas de vino. Como ya le parecía costumbre, Lucía tenía sentimientos encontrados: estaba preocupada por no poder estar con su hijo, extrañaba la cercanía con Juan Antonio, tenía mucha rabia hacia Fernando y se sentía tranquila al tener a su padre de regreso en casa. Todo era demasiado.

- Ya te extraño. —recibió un mensaje de Juan Antonio.
- No digas tonterías. —le respondió ella.
- No son tonterías. ¿Cuándo puedo verte?
- No lo sé. —le respondió ella.
- ¿Con quién hablas? —le preguntó su prima.
- No nadie.
- Lucía... -le dijo Carol en tono amenazante.
- Ok. Era Juan Antonio.
- ¿Qué dice?
- Que me extraña, que cuándo nos podemos ver. —le contó ella.
- Dile que puede pasar por ti ahora mismo y vayan a divertirse un rato. Te lo mereces.
- Claro que no. Además de lo obvio, tengo que cuidar a papá. —le

dijo Lucía.

- Yo puedo estar aquí hasta que regreses. No te preocupes por eso.
- No creo que sea apropiado.
- Okey. –respondió Carol.
- ¿Cómo?
- Que está bien.
- ¿Qué es lo que te traes? –le preguntó Lucía mirándola fijamente.
- Nada.

Pero Carol le había mentado, sí se traía algo entre manos. En realidad, llamó a Juan Antonio y le dijo que fuera por Lucía; mientras ella se quedaba en casa con Doménico. Él no dudó en decirle que iba inmediatamente y no mintió. Después de algunos minutos el timbre de la casa sonó, Lucía se levantó para abrir la puerta y se encontró con un ramo de rosas frente a ella. Detrás del ramo, estaba Juan Antonio con una gran sonrisa en el rostro y con usando un perfume envolvente que inmediatamente la hipnotizó.

- Definitivamente nadie en mi vida respeta mis decisiones. –le dijo Lucía a Juan Antonio luego de haber ordenado la comida en el restaurante al que fueron.
- ¿Por qué lo dices?
- Pues te dije que no deberíamos vernos más y le dije a Carol que no saldría esta noche contigo; y aquí estamos. –dijo ella.
- Creo que no es que no respetemos tus decisiones, es que tomas decisiones que no son cónsonas con tus deseos; así que las personas que te queremos debemos hacer que reflexiones.
- ¿Eso te tranquiliza? –le preguntó ella.
- No, tú me tranquilizas. Quiero estar cerca de ti y yo sé que tú quieres estar también conmigo; así que no hay razón para

alejarnos.

- Las hay.
- Hagamos que no importen. —él le tomó la mano.

Durante el resto de la cena, Lucía se dejó llevar un poco y disfrutó de aquel momento. Era la primera vez que salía con Juan Antonio y por algunos momentos se sentía tan diferente a lo que era, se sentía natural y muy sencillo, como si fuera con la persona con la que tenía que estar. Él logró arrancarle algunas risas, producto de unas cuantas bromas y las copas de vino en el sistema de Lucía.

- ¿Quieres conocer mi piso? —le preguntó él.
- No debería llegar muy tarde, no quiero abusar de Carol.
- Es cerca de aquí. Prometo no llevarte de regreso demasiado tarde. — él trataba de convencerla.
- Está bien. —ella sonrió.

Él no había mentido, el departamento quedaba muy cerca del lugar donde estaban cenando. Él le abrió la puerta y lo primero que ella notó es que era un lugar no muy grande, con pocas cosas y sin casi ninguna decoración. En una pared, cercana a la entrada, había una fotografía donde se podía ver a Juan Antonio mucho más joven y a Santiago Ávila, quien abrazaba a su hijo que sostenía un trofeo.

- Fue cuando gané en la feria de ciencias en el instituto. —le dijo él al notar que ella se había interesado por aquella imagen.
- Se veían muy contentos. —dijo ella.
- Lo estábamos. Siempre me decía lo orgulloso que se sentía de mí.
- Parece haber sido un buen padre para ti.
- Lo fue, en ocasiones. Si omitimos el hecho de que tenía toda su

- vida alejada de mí y de mi madre. –dijo con cierto rencor en la voz.
- Quizás por eso trataba de ser lo mejor posible contigo cuando estaba cerca.
  - Tal vez. Te traeré una copa de vino. ¿Vale?
  - Está bien. –le dijo ella.

Lucía se sentó en el sofá que estaba en medio de la sala. A pesar de las pocas cosas que veía en el lugar, le parecía que había un aura de tranquilidad y que en realidad eso era lo que importaba. Desde donde estaba podía verlo mientras descorchaba una botella y servía el vino en unas copas. Se veía tan atractivo, tan exacto, tan adecuado y tan inadecuado al mismo tiempo. Ella realmente deseó haber podido estar disponible para estar con él.

- Aquí tienes. –él le entregó la copa y se sentó a su lado.
- ¿Puedo preguntarte algo?
- Lo que quieras. –le dijo él.
- ¿Cómo se conocieron tu madre y Santiago Ávila?
- Es extraño que le digas así. –confesó él.
- ¿Por qué?
- Suena tan formal.
- Sí, lo sé; pero todos los que estaban a su alrededor se dirigían a él de esa manera. –le explicó ella.
- Me imagino. Bueno, mi madre llegó a este país desde Francia huyendo de su padrastro quien golpeaba a su madre y que intentó... propasarse con ella. Estuvo de trabajo en trabajo por un tiempo hasta que llegó a la empresa de los Ávila y consiguió un trabajo como recepcionista. Mi padre la conoció y a los pocos días la convirtió en una de sus secretarias. La llenó de detalles y ella se enamoró de él. Cuando quedó embarazada de mí, ella dejó de

trabajar y él le daba mucho más que el sueldo de secretaria que tenía. Básicamente, esa es la historia. Nada fuera de lo común, me parece.

- Entiendo.
- Quisiera que las cosas no hubiesen sido así, pero no está en mi poder cambiarlo. —le dijo él.
- Está claro. No es tu culpa y no tienes por qué pagar por los errores de ellos.
- Por eso vivo pensando en mejorar aquellas circunstancias que sí están en mi poder. Quiero hacer que mi vida sea mejor y sé que ese mejor eres tú. —le dijo y acarició su cabello.
- Juan Antonio...
- Sé lo que me vas a decir, ya me sé todas las dificultades que existen para que podamos estar juntos; pero sé que todo eso se puede cambiar y no voy a desperdiciar la oportunidad. —le dijo él con suavidad.

Por primera vez en su vida, Lucía se sintió amada. Le estremecía escuchar lo dispuesto que estaba él a hacer todo lo que estuviera en su alcance para estar cerca de ella. Nunca pensó que viviría algo así. No pensó que sería posible que alguien tuviera el valor de enfrentarse a todo el poder y la influencia que tenía Fernando, por estar con ella.

Lucía colocó su copa y la de Juan Antonio en una mesita que estaba frente a ellos y fue ella quien en esta ocasión lo besó de manera apasionada. Él se dejó besar y la tomó con fuerza desde la espalda. Los besos se fueron haciendo más intensos y Lucía se sentó en las piernas de Juan Antonio, para quedar frente a él y envolverlo con sus piernas. Él la abrazó con fuerza, con todo el deseo que sentía por no separarse de ella.

De manera natural, la ropa comenzó a salir de sus cuerpos. Los dos besaban cada parte del cuerpo del otro que estuviera expuesta. Juan Antonio besaba el cuello de Lucía, mientras que ella olía el embriagante aroma que emanaba el cabello de él.

Él se levantó del sofá sorprendentemente y cargó a Lucía para llevarla a la habitación. A ella le causó mucha gracia y rió, no podía recordar cuándo había sido la última vez que había reído de esa manera. Una vez en la cama ambos se entregaron por completo, como si no hubiese nada que los separara, sin pensar en nada y con todo el deseo que sentían.

- Eres hermosa. —le dijo Juan Antonio a Lucía mientras se abrazaban cansados.
- Gracias. —ella sonrió y acarició las cejas de él.
- Cuando estoy contigo siento que todo encaja.
- Lo sé.
- Solo de pensar en dejarte ir, todo se me descompone. Como si siempre hubieses estado aquí y no supiera cómo es la vida sin ti. — le confesó él.
- Eso es algo intenso, ¿no?
- Sí, es intenso. Y así lo siento.
- No va a ser fácil. —le dijo ella.
- Vale la pena.
- Debo irme. —dijo Lucía.
- Lo sé. Te llevo.

Cuando Lucía llegó a la casa de su padre, él estaba dormido y Carol también dormida en su habitación. Lucía no quiso despertarla así que se acostó al lado de ella sin hacer ruido. No quería pensar demasiado, así que intentó dormir inmediatamente y lo logró. Seguramente el cansancio de días muy difícil la

había ayudado a conciliar el sueño rápidamente.

Lucía se despertó y podía sentir el olor a café. Volteó y vio que Carol aún seguía dormida a su lado, por lo que se preguntó quien estaba en la cocina. Se levantó con rapidez y vio a su padre preparando el desayuno.

- Papá tienes que estar acostado. No puedes estar haciendo esto. — ella le dijo en tono de regaño.
- Tranquila Lucy. Me siento perfectamente bien, no quiero ser un inútil. Solo estoy haciendo el desayuno.
- Siéntate. Yo termino, por favor. —le dijo ella ofreciéndole una silla del comedor.
- Está bien. No te molestes. —él accedió a sentarse.
- ¿Ya te tomaste los medicamentos?
- Sí, ya me los tomé. Lucy, no pude evitar que el doctor también es de apellido Ávila, ¿lo notaste? Qué casualidad.
- Sí, papá. Es una gran coincidencia. No había querido decirte, pero él es el hijo de Santiago Ávila del cual te hablé.
- ¿Qué?, ¿de verdad? —él se sorprendió.
- Sí. Es él.
- Pues a mí me parece que es una excelente persona. Lástima lo que está sucediendo con sus hermanos.
- Sí.
- ¿Estás bien, Lucy? —le preguntó su padre.
- Sí, papá. Muy bien. ¿Por qué?
- Estás más pensativa de lo usual.
- Bueno, me gustaría preguntarte algo, papá.
- Dime. —él la escuchó con atención.
- ¿Tú qué opinarías si yo decido pedirle el divorcio a Fernando? —le

preguntó ella un poco nerviosa.

- Hija, eso es algo en lo que yo no debo opinar. Es tu vida, tu matrimonio. Yo quiero que seas feliz.
- Gracias.
- ¿Lo harás? –le preguntó él.
- Sí, quiero hacerlo.
- Será duro. Seguro lo sabes, pero cuentas conmigo hija.
- Es lo que quería escuchar. –le dijo ella.
- Buenos días señores. –Carol saludó.
- Buenos días bella durmiente. ¿Café? –le preguntó Lucía.
- Por supuesto.
- ¿Cómo lo quieres?
- Negro, como mi alma. –Carol sonrió.

Desde ese día, Lucía intentó comunicarse con su hijo constantemente. Cuando llamaba a la casa, Laura le pedía disculpas y le decía que no podía decirle a Santi que ella estaba llamando y colgaba la llamada. Entonces quiso ir al instituto y no la dejaron verlo, por órdenes directas de Fernando. Incluso intentó ir a la casa, pero los vigilantes la detuvieron en la entrada.

Lucía no sabía qué hacer, estaba completamente desesperada. Fernando la había alejado totalmente de su propio hijo y ella temía que le estuviera diciendo mentiras a Santi. Doménico intentó también tener contacto con Santi y no le fue posible; les había cerrado todas las posibilidades de hablar con él.

- Tendré que ir a hablar con él. –le dijo Lucía a Juan Antonio.
- Eso es lo que él quiere. Debemos buscar otra manera. Esto es secuestro Lucía, él no puede impedir que tú veas a tu propio hijo. Podemos demandarlo. –le dijo él.
- Sí puede y lo está haciendo. Él tiene muchas influencias y va a

ganar. Me lo va a quitar. No lo volveré a ver si hago eso. –ella comenzó a llorar.

- No te pongas así. Tiene que haber algo que podamos hacer.
- Hablaré con él.
- Te va a amenazar. Todo será peor. Sabrá que te tiene en sus manos. –le advirtió él.
- Me tiene.

Juan Antonio se fue muy disgustado y sobre todo lleno de impotencia. No quería que ella hablara con él porque sabía exactamente cuál sería el resultado de esa conversación; la perdería para siempre. Lucía no veía otra solución, tenía que pedirle a él directamente que la dejara ver a su hijo. Al siguiente día fue a ver a Fernando a su oficina.

- Tienes que dejarme ver a Santi. –le dijo inmediatamente después que entró a la oficina.
- Hola, Lucía. ¿Cómo te ha ido?, ¿cómo sigue tu padre?
- No seas imbécil que a ti eso no te interesa en lo más mínimo.
- ¿Esa es la manera como tratas a tu esposo y padre de tu único hijo? –su tono era relajado.
- Tienes que dejarme verlo. –le dijo muy ofuscada.
- No, tú te estás equivocando. No tengo que hacerlo y yo hago lo que a mí me da la gana. –él alzó la voz.
- Tengo derecho, soy su madre.
- Perdiste tus derechos cuando te fuiste de la casa.
- Eso no es verdad.
- La verdad es la que yo quiera. –le dijo él.
- No voy a descansar hasta poder verlo.
- Para poder verlo solo tienes que hacer una cosa. No soy un

monstruo, ni nada parecido.

— ¿Qué es? —le preguntó ella.

— Tienes que regresar a casa. —él sentenció.

## VII



- No te vuelvas a ir mamá. Te extrañé mucho. –le dijo Santi a Lucía mientras estaban acostados en la habitación de él viendo una película.
- Yo también te extrañé hijo. –ella le dio un beso en la frente y una lágrima corrió por su mejilla.

Hacía unos días que Lucía había vuelto a la casa. Por lo que supo, Fernando le había dicho a su hijo que ella se había ido y los había abandonado por completo. Santi nunca supo de sus esfuerzos por acercarse a él. Ella tuvo que pedirle disculpas por haberse ido y prometerle que nunca más haría algo así; ya que fue la condición que Fernando le presentó para dejar regresar y estar con Santi.

Antes no creía posible poder odiar aún más a ese hombre, pero no tenía ni idea. El desprecio que sentía por él en aquel momento era algo completamente desbordado. Solo el hecho de verlo el provocaba náuseas. La única victoria que obtuvo de aquella situación, fue una muy pequeña; logró tener un cuarto aparte de él. Ya no tenía que dormir a su lado; eso hacía todo un poco más llevadero, pues podía reducir al mínimo el contacto con él.

En cuanto a Juan Antonio, Lucía lo bloqueó de su móvil y todas sus redes. Prefería no tener contacto con él, pues estaba segura que eso la debilitaría en su decisión. Por Carol y por su padre, ella sabía que la había estado buscando incansablemente; pero tenía certeza de que aquello era lo mejor. Incluso una despedida podía ser demasiado desgarradora para los dos. Ella tenía que hacer esto, aunque no quisiera; para poder estar con su hijo.

Era muy duro para ella. Sabía que los pocos momentos que había tenido de felicidad real habían sido esos instantes que pasó junto a Juan Antonio. Saber que no iba a volver a ser feliz de esa manera le hacía sentir un vacío que le oprimía el pecho de la manera más cruel que se podría imaginar. Cada respiro le dolía, cada movimiento le causaba conmoción; todo porque tenía la seguridad de que no podía acercarse de nuevo a él.

Se preguntaba cómo era posible que habiendo pasado tan poco tiempo con él, sintiera como si le hubieran arrancado la vida misma. Él le había traído esperanza a su vida, quizás ese había sido el error. Antes de él no fue tan feliz, pero tampoco nunca sufrió de una manera tan intensa como estaba sufriendo ahora; era una tremenda contradicción.

Por el lado positivo, su padre estaba muy recuperado y a punto de retomar sus actividades laborales habituales en la sastrería. Los medicamentos estaban haciendo el efecto deseado y había sido muy disciplinado con su dieta, así que su salud estaba en uno de sus mejores momentos. Esto tenía a Lucía bastante tranquila.

Por otro lado, Carol estaba molesta con ella. Aunque no se lo decía de manera directa, Lucía lo sabía. Entendía la razón de su molestia, pero sabía que no podía hacer nada al respecto. Solo le quedaba resignarse a su suerte y tratar de llevar su vida lo mejor posible. Volcaría toda su atención hacia su

hijo, que era su razón de ser y por lo que todo valía la pena.

Ella quería poder recuperar la confianza de su hijo; pues, Fernando se había encargado de destruir completamente su reputación ante los ojos de Santi. Lucía siempre había sabido que Fernando estaba dispuesto a hacer lo que fuese por conseguir lo que quería; sin embargo, fue inocente al no vaticinar lo que haría en esta circunstancia.

Una vez que su padre comenzó a trabajar de nuevo en la sastrería, Lucía le informó a Fernando que también se incorporaría al trabajo; pues su padre necesitaba aun más ayuda y era una excelente forma para vigilar su salud. Por supuesto, Fernando no estuvo de acuerdo, simplemente por el hecho de llevarle la contraria a Lucía o no complacerla en lo absoluto.

- Ni a ti, ni a Santi les afecta en nada que yo ayude a mi padre en la sastrería. Eso me ayuda a mantenerme ocupada. ¿Por qué me lo tienes que quitar? –le dijo Lucía en una ocasión en la que intentaba conseguir su consentimiento para trabajar.
- Tenemos suficiente dinero. No tienes por qué trabajar. –alegó Fernando.
- Tú sabes con certeza que mi trabajo en la sastrería no se trata de dinero.
- La gente trabaja para ganar dinero Lucía, por Dios. –le dijo él con obstinación.
- Sí, la mayoría de las personas trabajan por esa razón. Yo no, yo trabajo para ayudar a mi padre en el negocio en el que ha dedicado toda su vida, yo trabajo para mantener la mente ocupada y no pensar en lo miserable que es mi vida gracias a ti. –le dijo Lucía.
- Haz lo que quieras. –le dijo Fernando sin levantar la mirada de un documento que leía.

Fernando no lo había transmitido con sus reacciones, pero se había sorprendido ante aquel argumento de Lucía. Él sabía que ella no era feliz, pero no creyó que tuviera la valentía para decirle algo así de manera tan directa. Algo en ella había cambiado en el poco tiempo que estuvo ausente, no sabía qué era; pero sabía que así era.

Él tampoco era feliz con su matrimonio; sin embargo, no estaba dispuesto deshacerlo. Su padre le había metido muy bien en la cabeza que el matrimonio es para toda la vida y que la reputación ante la sociedad es lo que más vale. Además, con este matrimonio, él podía estar con otras mujeres sin tener a una esposa celosa que estuviera chequeando cada uno de sus movimientos y no tenía necesidad de establecer una relación seria con ninguna de sus amantes, pues ellas sabían que era casado. No era una situación ideal, pero era una situación a la que él había sabido amoldarse muy bien.

Lucía hizo lo que Fernando le dijo, lo que quería. Comenzó a ir de nuevo a la sastrería y, afortunadamente, esto la ayudaba mucho a dejar de pensar en todas sus penas. Cuando estaba frente a la máquina de coser, su concentración era máxima; y por un momento, ella no era ella pues todos los pensamientos que la atormentaban se esfumaban. Cuando atendía a un cliente, ella estaba sonriente, era amable y alegre con ellos; así que parecía feliz, era una felicidad artificial, pero al fin y al cabo era la única felicidad que podía tener.

- Hija, te estás buscando. –le dijo su padre un día mientras ella estaba en la parte de atrás de la tienda realizándole unos arreglos a una camisa.
- ¿Quién? –preguntó ella de manera inconsciente.
- Ya verás. – le dijo y lo siguiente que escuchó Lucía fueron pasos

acercándose.

- Hola, Lucía. –dijo Juan Antonio.
- Hola. –respondió ella impactada.
- Estaré adelante. Estoy atendiendo a un cliente. –le dijo su padre.
- Ok. –respondió ella.
- ¿Cómo estás? –le preguntó Juan Antonio a Lucía.
- Bien. –respondió ella con la cabeza inclinada hacia abajo y temblando.
- ¿Segura?
- Sí, segura.
- Entonces regresaste con Fernando. –dijo él.
- No, yo regresé con mi hijo. No tuve opción.
- Siempre hay una opción. –dijo él.
- No siempre. –le respondió ella.
- Ojalá yo hubiese sido tu opción. –dijo él.
- Juan Antonio, tú conocías de mis circunstancias. De verdad lo lamento. Fue una decisión muy difícil para mí, pero la tuve que tomar. Y asumo las consecuencias que ésta traiga, aquí que si me odias, lo puedo entender.
- Yo no te odio, Lucía. Todo lo contrario, o te amo. –las últimas dos palabras retumbaron en el aire por un tiempo más extenso de lo habitual.
- No puedes amarme, me conoces desde hace muy poco tiempo. –dijo ella nerviosa.
- Y me bastó para entender que te amo y yo sé que también tienes sentimientos hacia mí. Pero no estoy aquí para reclamarte nada, ni exigirte nada. Lo que me trajo aquí fueron dos cosas. Primero que nada, decirte que te amo y que estoy dispuesto a todo por ti,

incluso a esperar el tiempo que sea necesario para estar a tu lado. Y segundo, para entregarte esto. –Juan Antonio colocó unos documentos en las manos de Lucía.

- Son las escrituras de este local... -dijo ella sin poder comprender de qué se trataba aquello.
- Sí, ahora están a nombre Doménico y tuyo.
- ¿Qué?, ¿cómo hiciste eso? –le preguntó ella muy sorprendida.
- Pues no encontré la manera de zafarme de la herencia de mi padre; así que decidí hacer algo bueno con ella. Con el porcentaje de la empresa que tengo, puedo concederles a ustedes esta propiedad sin tener que someterlo a la valoración del resto de los socios mayoritarios.
- Pero... no puede ser... -dijo ella aún sin poder salir de su sorpresa.
- Sí puede ser. Es increíble que siendo esposa de uno de los dueños de esta compañía él no te hubiese dado la propiedad de este local desde hace tiempo.
- Esto te va a traer muchos problemas con Fernando. –le dijo ella.
- No me importa. Ya tenemos todos los problemas que dos personas puedan tener. Y no te preocupes porque él se dé cuenta que algo pasa entre nosotros y por esa razón hice esto. Pues hice lo mismo con varios locales que han estado pagando por el mismo tiempo o incluso más.
- No sé qué decirte. –ella seguía inmóvil.
- No es necesario que digas nada. Lo que me importa es que sepas que estoy esperando por ti y que estaré disponible siempre que me necesites. Ahora, debo irme. –le dijo él, se acercó a ella, le dio un beso en los labios y se fue.

Lucía no parecía creer que lo que acababa de suceder era realidad; se

sentía en un sueño. Este tipo de cosas no solía pasarle a ella. Se tomó unos segundos para asimilar aquello y por fin sintió alegría. Su padre también se alegró mucho ante aquella inesperada noticia.

Esa misma noche, ella se acostó en su cama a descansar y no podía dejar de pensar en el encuentro que había tenido con Juan Antonio. Si bien era cierto que estaba muy alegre porque ahora ella y su padre eran los propietarios de ese local que apreciaban tanto; el motivo mayor para pensar en la conversación era la confesión de amor que él le había hecho.

Él le había dicho que la amaba y, aunque no le dijo nada, ella se había dado cuenta que también lo amaba. Lo amaba como nunca había amado a nadie y como jamás pensó que fuera posible. Le había conmovido que le dijera que iba a esperar por ella todo el tiempo que fuera necesario; pero al mismo tiempo la entristecía, porque sabía que no se trataba de esperar, pues no parecía que sus circunstancias fueran a cambiar.

Aunque no podía estar con él, de alguna manera se sentía reconfortada al saber que él sentía eso por ella. Después de varias horas, Lucía pudo conciliar el sueño, pero debió levantarse temprano, pues Santi tenía partido de fútbol y ella quería acompañarlo. Él estaba jugando desde hacía poco tiempo y necesitaba de apoyo para poder sentirse seguro.

El día fue muy soleado, perfecto para el partido. Lucía observaba a Santi desde las gradas y no podía creer lo mucho que había crecido. Dentro de poco sería un hombre. Ella esperaba que no fuera como su padre. Lucía había intentado hacer de su hijo una persona amable, noble y segura de sí misma. Pero ella sentía que la influencia de su padre era inevitable. Deseó tanto poder alejarse de él y alejar también a Santi. No pudo evitar

que una idea muy descabellada entrara en su mente, ella sintió deseos de que Santi se pareciera mucho más a Juan Antonio en su personalidad que a Fernando. Juan Antonio era un hombre de gran nobleza e integridad; pero por supuesto que aquello no era posible.

Después del juego, Lucía llevó a Santi a comer el helado que tanto le gustaba; ella hacía todo lo posible por parecer alegre ante él, al igual que con los clientes de la sastrería. No quería que su infelicidad afectara la vida de su hijo.

- ¿Te gusta? –le preguntó Lucía a su hijo, respecto al helado.
- Sí, está muy rico. ¿Y a ti? –le preguntó él.
- Sí, también me gusta.
- Ahora hablas menos que antes. –le comentó él.
- ¿Hablo menos que antes? No entiendo.
- Antes de que te fueras me contabas más cosas, ahora no lo haces. –le dijo con cierta tristeza.
- ¿De verdad? No me había dado cuenta. –se sintió afligida.
- Y ahora papá y tú duermen en habitaciones separadas.
- Sí, es lo mejor. Papá ronca mucho. –le dijo con gracia simulada.
- Papá no ronca. ¿Te irás de nuevo?
- No, hijo. Estaré contigo.
- ¿Ya no quieres estar con papá? –le preguntó él.
- Hijo, aún eres muy joven para pensar en estas cosas, pero no quiero que pienses que soy una mala persona o madre. Tu papa y yo no somos precisamente el matrimonio más unido.
- Lo sé. –dijo él.
- ¿Qué sabes?
- Ustedes no se la llevan como un matrimonio normal. Los padres de

Emilio son cariñosos y salen juntos.

- Cierto, pues yo espero que cuando crezcas y tengas pareja, tengan una buena relación. Probablemente la relación de tu padre y yo no sea la mejor. Ojalá no la tomes como ejemplo. —le dijo ella con sinceridad.
- Si ustedes se divorcian, ¿puedo quedarme contigo?
- No sé si eso vaya a pasar, pero te prometo que haré todo lo posible para que estés conmigo. —le dijo ella mirándolo a los ojos.
- Vale. —él sonrió satisfecho.
- Te amo. —le dijo ella.
- Yo también te amo mamá.

Lucía pensaba que a pesar de todo, Santi se estaba convirtiendo en un hombre noble, comprensivo y que, además, era consciente de su entorno, lo cual estaba muy bien. Se sintió orgullosa de él, pero sabía que aun quedaba mucho por hacer y que requeriría su máximo esfuerzo; pues ahora, ella había conocido la felicidad y resignarse a la desdicha era mucho más difícil ahora.

Aquella tarde, Lucía notó extrañada que Fernando no llegaba a casa. Así que le preguntó a Laura si sabía algo al respecto y ella solo supo decirle que había salido con una pequeña maleta. Por lo que Lucía tuvo la impresión de que probablemente había salido de viaje, como solía hacer.

A tuestas entró en la habitación de Fernando y buscó donde sabía que él guardaba su pasaporte. No estaba, así que su sospecha era cierta. No sabía cuánto tiempo duraría, pero la ausencia de él en casa le era agradable. Con un peso menos encima, disfrutó de una película con su hijo frente al televisor de la sala. Santi se sentía cansado, así que se fue a la cama temprano; Laura hizo lo mismo, pues sin Fernando en la casa tenía menos trabajo y Lucía le dijo que podía descansar.

Ella se encontraba sola frente al televisor en la sala. Se sintió sola, pero era una soledad muy diferente. Si bien es cierto que antes se sentía sola, ahora se sentía sola con las ganas de estar con alguien; sensación nunca antes experimentada y se dio cuenta que era un sentimiento mucho más lamentable.

Entonces una idea completamente alocada llegó a su mente. Si ella saliera y regresara durante la noche, nadie se daría cuenta; definitivamente estaba desesperada y a punto de enloquecer. Trató de deshacerse de esa idea. Se metió en la ducha para tratar de calmar sus ansias, pero no le fue posible. Sabía perfectamente adónde quería ir y que deseaba hacer durante su breve escapada de prisión. Necesitaba sentir a Juan Antonio cerca, mucho más que cerca: en ella.

Se decidió a salir. Nunca había hecho una locura de ese calibre, era necesario vivir un poco; tenía derecho a robarle un poco de felicidad a la vida. Caminó con sumo cuidado hacia la salida, con la misma delicadeza de una adolescente llegando a casa tarde. El camino de la habitación hasta su coche le pareció eterno, pero por fin llegó. Encendió el coche y arrancó.

Inmediatamente, la adrenalina comenzó a circular por su cuerpo; al punto de sentirse un poco mareada. No podía creer lo que estaba haciendo. Pensó miles de cosas en unos pocos segundos. Realmente no sabía si Juan Antonio se encontraba en su departamento, si estaría solo, si estaría dispuesto a vivir un momento con ella. Sintió miedo y quiso regresar, pero se armó de valor. Ya había salido y necesitaba ser valiente para asumir su propia locura.

Llegó al edificio donde vive Juan Antonio. Apagó el coche y respiró profundo. No quiso pensar demasiado, así que salió y caminó con seguridad hasta la entrada. Cuando llegó a la puerta del departamento, sintió que su corazón quería taladrarle el pecho. Él estaba allí, ella podía escuchar sonidos

dentro del departamento. No había vuelta atrás. Tocó dos veces y sintió pasos acercándose a la puerta.

- Lucía... -dijo Juan Antonio con los ojos muy abiertos.
- Hola, Juan. No sé si es un mal momento...
- Pasa. Tú nunca llegas en mal momento para mí.
- Gracias. —dijo ella entrando.
- Me sorprende mucho verte aquí, pero no sabes lo feliz que me hace.
- Sé que es una completa locura, pero de verdad te extraño. —le confesó ella con la voz entrecortada.
- Yo también te extraño. —él trató de acercarse a ella, pero Lucía lo detuvo.
- No estoy aquí porque sea libre de estarlo. Digamos que me he escapado un momento. No puedo ofrecerte lo que mereces. Vine a decirte que yo también te amo y que tengo un par de horas para demostrártelo.

Juan Antonio no dudó ni un instante en tomar a Lucía entre sus brazos y besarla con todo el anhelo acumulado desde el momento en el que se dio cuenta que se no podría estar con ella. No solo se besaron, sino que sus cuerpos se entrelazaron por completo, como si quisiera fusionarse. En ese momento, no sentían más nada que no fuera las caricias del otro y el deseo indomable de entregarse.

Juntos caminaron hasta la habitación y se desnudaron mutuamente, mientras si labios no se separaban. Hicieron el amor como lo hacen dos enamorados que saben que seguramente no tendrán otra oportunidad de amarse; besando cada espacio de sus cuerpos, tocando con firmeza para grabar en la memoria cada sensación y así poder recurrir a ella en momentos de soledad.

Cuando estaban completamente desnudos, Lucía se colocó sobre Juan Antonio y guió su miembro en su interior. El éxtasis que sentía no era comparable con nada. Sentirlo dentro de ella, entregarse a él, recibir su entregar y ser ella quien guiaba los movimientos resultó en la experiencia más excitante y liberadora que había tenido alguna vez.

Lucía se movía con movimientos circulares, amplios e intensos; con el mismo compás con el que gemía sin reparos o vergüenza. Eso era algo que no existía entre ellos. Juan Antonio apretaba sus piernas y disfrutaba de verla gozar sobre él a la vez que él se estremecía por la estimulación que ella le daba.

En un instante, la excitación era demasiado intensa y exigía que los movimientos se aceleraran. Los dos atendieron sus impulsos y se embarcaron en movimientos intensos y frenéticos. El orgasmo de Lucía llegó primero, mientras estaba sentada sobre Juan Antonio, abrazándolo y él disfrutaba de la cercanía con sus senos. Por un momento, se detuvieron para que ella pudiera recuperar el aliento. Ella se recostó boca abajo, él besó su espalda y continuó poseyéndola desde esa posición, hasta que lo alcanzó el completo éxtasis.

- Me encantó que vinieras. Puedes hacerlo cuando quieras. —le dijo él con una sonrisa mientras abrazaba a Lucía.
- A mí también me gustó venir, pero no es una situación que se pueda repetir.
- No perderé las esperanzas. Como te dije, estaré esperando por ti. Ahora más que sé con seguridad que tú también me amas.
- Sé que es un momento inapropiado, pero, ¿te puedo preguntar algo?
- Dime. —respondió Juan Antonio.
- ¿Decidiste aceptar la herencia? —le preguntó ella.

- Sí. No tuve muchas maneras de declinarla, pero igualmente lo pensé mejor y decidí tomar posesión.
- ¿Qué te hizo cambiar de parecer? –siguió preguntando ella.
- Fue Fernando.
- ¿Fernando? No entiendo. –dijo ella contrariada.
- Sí, fue él. Sé que no suena bien o correcto de mi parte, pero al ver su actitud decidí hacerle las cosas difíciles. Sé que es difícil creer que conoces a alguien y que finalmente no sea cierto, pero no ha sido mi culpa lo ocurrido; sin embargo, ha arremetido en mi contra con todas sus fuerzas. Y aun más importante, no valora lo que tiene. Te tiene a su lado y no te valora; y mucho más que eso, te hace tan infeliz como le es posible. Incluso, puedo decir que siento una inmensa envidia de él, eres su esposa, le diste un hijo; no sabes lo que daría por poder tener un hijo contigo.
- Juan... No quisiera que te llenaras de odio. Ni hacia él, ni hacia nadie. –le dijo Lucía viéndolo a los ojos.
- Lo sé, está mal; pero han sido las circunstancias que se han presentado. De hecho, debo confesar que yo fui quien hizo que Fernando se fuera de viaje. –le confesó él.
- ¿Qué?
- Sí, conseguí que lo solicitara de una sucursal en otra ciudad.
- ¿Para qué? –le preguntó ella levantándose un poco.
- Para que tuviera un poco de libertad, por lo menos un par de días. Quería facilitar en algo tu vida. Y no soporto la idea de que duermas en la misma cama con él, que estén en el mismo lugar o que te toque.
- Él no me toca Juan Antonio, no lo intenta, ni yo se lo permitiría y desde que regresé no dormimos en la misma habitación. Él y yo no

estamos juntos, y no lo hemos estado desde hace muchísimo tiempo. No te tortures con esos pensamientos. –le dijo ella.

- Saber eso me tranquiliza un poco. –le confesó él.
- ¿Sabías que yo vendría? –le preguntó ella.
- Fue un pensamiento que se me cruzó, pero no tenía la certeza. No sabes lo feliz que me ha hecho que vinieras.
- Te amo. –le dijo ella y lo besó.
- Es lo más hermoso que he oído. –él sonrió.
- Debo irme. No quiero que Santi se levante y se dé cuenta que no estoy.
- Entiendo. ¿Puedo pedirte algo?
- Dime.
- Deja que te escriba. Desbloquéame, por favor. Sé que no siempre podré acercarme a ti, pero saber que puedo aunque sea tener un mínimo de contacto contigo puede que me ayude a sobrellevar mejor esta situación. –le pidió él.
- Está bien.

Juan Antonio acompañó a Lucía hasta su coche, con el corazón roto y sin saber si pronto podría siquiera verla de nuevo. Y Lucía se fue, luchando con el intenso deseo de quedarse; lo único que la llevaba de regreso a esa casa y a su vida lamentable era Santi, todo lo valía.

Llegó a tientas a la casa y fue directo a la habitación de Santi; abrió la puerta con delicadeza y lo vio dormido. Todo había salido bien, sin contratiempo; excepto el de una sensación muy intensa de saber que no estaba en el lugar que quería y debía estar, que estaba presa. Sin embargo, amaba; había estado a punto de pensar que no conocería el amor. Ahora sabía de lo hermoso que era, aunque también de lo doloroso que resultaba estar lejos de la persona a la

cual amaba.

## VIII



Pasaron algunas semanas y Lucía había podido establecer una dinámica más o menos fluida en su vida. Atendía a Santi, trabajaba en la sastrería, estaba al pendiente de la salud de su padre, evitaba a Fernando lo más posible y en ocasiones conversaba vía mensajes con Juan Antonio. No se habían vuelto a ver, pero sus sentimientos seguían sólidos; saber lo que sentían uno por el otro, les facilitaba un poco estar ausentes, porque por lo menos tenían la certeza de no estar pasando por esto solos.

- ¿Cómo estás? –le preguntó Carol un día en el que acompañaba a Lucía a llevar a Santi a sus entrenamientos.
- Estoy bien.
- ¿De verdad? –insistió Carol.
- ¿No me crees?
- Bueno... Sé que intentas estar bien, pero difícil que con lo que estás pasando estés realmente bien.
- Pues, trato de estarlo; por él. –señaló a Santi con la mirada.
- Tu hijo ni siquiera puede imaginar lo mucho que lo amas.
- Haría lo que fuera por mi hijo.
- Lo sé, lo has demostrado. –Carol le tomó la mano.

- Gracias por estar conmigo, aunque no estés de acuerdo con mis decisiones.
- Siempre estaré contigo. Soy tu prima y tu única amiga. ¿Cómo te voy a abandonar? –le dijo Carol con una sonrisa.
- Espero que sigas pensando así. Eres una de las pocas cosas buenas en mi vida.
- ¿Has tenido contacto con Juan Antonio? –le preguntó Carol.
- Sí, un poco.
- ¿Y cómo te sientes al respecto?
- Es muy difícil y lamento mucho toda la situación; pero no tengo opción. Tengo que resignarme a mi vida y tendrá que hacer lo mismo. –le dijo Lucía.
- Son palabras muy duras. –expresó Carol.
- Lo son, pero son ciertas también.
- Algo tiene que cambiar.
- No tengo esperanzas en ello. –confesó Lucía.

Días después, al despertar, Lucía se sintió extraña; tenía un malestar extraño. Se levantó y fue al baño para ducharse, debía ir a trabajar. Entonces, sintió unas náuseas incontrolables que le provocaron vómito. Le resultó muy desagradable, pero sobre todo muy extraño; no era de las personas que tenían debilidad en el estómago.

Una vez que se repuso, durante su ducha, estaba reflexionando en relación a aquel extraño malestar y una idea aterradora llegó a su mente: podía estar embarazada. Trató de deshacerse rápidamente de ese pensamiento, sería algo realmente terrible para su situación actual. No tenía ni la menor idea qué tipo de reacción podría tener Fernando al saber algo así; sería completamente obvio que no era de él sino producto de una infidelidad.

Por más que intentó tranquilizarse y dejar pasar ese pensamiento, pero le fue completamente imposible. Hizo los cálculos correspondientes y se dio cuenta que tenía retraso menstrual desde hacía un par de días; no era alarmante, pero en vista de otros síntomas, era muy posible. Ella antes no había estado atenta a estas cosas, pues no mantenía relaciones con Fernando o con ningún otro hombre.

Sintió mucho miedo. No sabía qué hacer. Estaba muy nerviosa de hacerse una prueba y ver los resultados. Estaba mareada por la preocupación, no creía poder hacer aquello sola. Necesitaba sentir el apoyo de alguien, así que buscó a la única persona que la apoyaría sin condiciones.

- Carol, necesito un inmenso favor tuyo. –le escribió Lucía a su prima.
- Dime.
- Compra una prueba de embarazo. Nos vemos en la sastrería lo antes posible, por favor.
- ¿Qué? Eso no se lee nada bien. Dios mío.
- Lo sé. Necesito que estés conmigo, por favor. –le pidió Lucía.
- Nos vemos en un rato. Quédate tranquila.

Lucía llegó a la sastrería, pero estaba muy ausente; al punto que su padre se dio cuenta, pero ella le mintió diciéndole que no era nada, solo que no había podido dormir bien la noche anterior. Él no se veía muy convencido, pero le dijo que podía irse antes si quería. Ella le agradeció y le dijo que lo pensaría.

- Hola. –dijo Carol al ingresar por la puerta un poco pálida.
- Hola, Carol. Qué sorpresa tan agradable, ¿cómo estás? –la saludó Doménico.
- Muy bien tío. Necesito hablar con Lucía. ¿Me la prestas un

momento?

— Sí, claro.

Carol entró hacia el interior de la sastrería y fue directo al baño de la mano con Lucía, como dos adolescentes en problemas. Cerró la puerta con seguro y le entregó la prueba de embarazo que acababa de comprar. Lucía la tomó en sus manos, la observó y miró a su prima.

— Tengo miedo. —le confesó Lucía a Carol.

— Lo mejor es hacerlo lo antes posible entonces. Anda. Estaré contigo, pase lo que pase. Recuérdalo.

— Está bien.

Lucía hizo lo correspondiente y colocó la prueba de embarazo junto al lavado. Ella y Carol estaban inmóviles esperando el tiempo que las instrucciones indicaban. Carol colocó su mano en el hombro de su prima, tratando de calmarla un poco. Esos minutos resultaron infinitos y Lucía no paraba de buscar en su mente ideas acerca de lo que haría si esa prueba resultaba positiva.

— Lucía, estás embarazada. Es positiva. —dijo Carol al ver el resultado de la prueba.

Lucía sintió que se desvanecía al escuchar aquellas palabras. Carol la sostuvo, salieron del baño y la sentó. Lucía se tapó los ojos con una de sus manos, sin saber qué hacer, qué pensar o qué sentir; todo le daba vueltas. Lo que sí sabía es que tenía mucho miedo de la reacción de Fernando.

— Toma. —Carol le dio un vaso con agua.

— ¿Qué voy a hacer?

— Primero necesitas tranquilizarte, Lucy. Hay que pensar bien las cosas. Luego, creo que tenemos que ir al médico para que nos dé la

confirmación y se es así, deberíamos hablar con Juan Antonio. –le sugirió Carol.

- No, no. Juan Antonio no puede enterarse de esto. –dijo ofuscada Lucía.
- ¿Qué? Lucía, reacciona. Él es el padre. Tiene derecho a saberlo; además, que es el que mejor te podrá ayudar a lidiar con lo que pasará con Fernando.
- Carol si él lo sabe actuara de manera muy impulsiva y yo perderé a Santi. Sé que es su padre y se lo diré, cuando sepa qué es lo que debo hacer. Tengo que pensarlo bien todo. –le explicó Lucía.
- Haces que esto de apoyarte sea muy difícil.
- Carol, por favor. No me digas eso. Te necesito. –le pidió Lucía.
- No te voy a abandonar. –le prometió Carol.

Al siguiente día, Lucía fue a una consulta médica acompañada por su prima. Entonces, el doctor les confirmó el embarazo. Lucía tenía unas pocas semanas de gestación y todo se veía bien en la salud del feto. Como era usual, le prescribieron algunas vitaminas y se programó la fecha de la próxima cita para el control del embarazo.

- Necesito hablar contigo. –le dijo Lucía a Fernando aquella misma tarde.
- Estoy ocupado. –le dijo él sin mirarla.
- Es importante. –ella insistió.
- Que sea rápido.
- Estoy embarazada. –le confesó ella sin rodeos.
- ¿Qué? –él se levantó de la silla y caminó hacia ella.
- Lo que escuchaste.
- Eres una zorra imbécil. –él comenzó a subir la voz.

- Si me vuelves a golpear te voy a denunciar y no creo que tus influencias sirvan demasiado en el caso de una mujer embarazada golpeada.
- ¿De quién es? –le preguntó él con el rostro completamente rojo.
- No te lo voy a decir.
- Te voy a destruir, hija de puta. –él cerró el puño.
- ¿Qué harás?
- Voy a sacarte de la vida de mi hijo.
- No lo harás. No puedes sacarme de esta casa porque soy tu esposa y estoy esperando un bebé; que todos asumirán que es tuyo. ¿Cómo se verá eso? –le advirtió Lucía.
- Ni creas que me voy a hacer responsable de ese bastardo que vas a tener.
- No creo eso. Así que lo que te propongo es que nos divorciemos lo antes posible y mantengamos una custodia compartida de Santi; de tal manera de minimizar el daño a tu reputación. –le dijo ella firmemente.
- No voy a darte el divorcio. –dijo él apretando los dientes.
- ¿No?, ¿entonces qué harás?
- No puedo dejar que la sociedad sepa que estoy casada con una zorra, me señalarían. Nadie sabrá acerca de esto. No te imaginas cuánto te desprecio. Desde hoy dejas de trabajar, no puedes salir de esta casa sin mi consentimiento. Así será tu vida desde ahora. Y cuando ese bastardo nazca, me voy a encargar de él. –le dijo y se volvió a sentar.
- Tú no vas a tocar a mi bebé. –le gritó ella.
- No tienes opción. Conseguiré a una agencia de adopciones, estará mejor sin una madre como tú y a Santi le diremos que lo perdiste

- en el parto. Ahora, lárgate. –le dijo.
- ¿Por qué estás tan empeñado en ser tan infeliz y hacer infeliz a mí?
  - Tú fuiste la que hizo esto. No yo. –le gritó.
  - Pero fui obligada por ti, por la miserable vida que tengo contigo.
  - Deberías estar agradecida de que te permito quedarte en esta casa con tu hijo. Eres una malagradecida.
  - No tengo nada que agradecerte. –le dijo ella con rabia.
  - Es mi última palabra. –Fernando tomó por el brazo a Lucía, la sacó del despacho y cerró la puerta con seguro.

Lucía le gritaba desde afuera muchas cosas, golpeaba la puerta con las manos y lo pies; mientras que lloraba. Hasta que Laura llegó a tratar de calmarla; la única manera en que lo consiguió fue diciéndole que Santi estaba escuchando lo que pasaba y no le hacía bien. Así que se calmó.

Ella se encerró a su habitación a llorar. No había manera para deshacerse de ese matrimonio infeliz y tortuoso. No importara lo que hiciera o dijera, estaba condenada a pasar el resto de su vida siendo infinitamente infeliz y sin el derecho de amar a nadie. Eso era lo que sentía. Lucía cayó en una terrible depresión. No hacía más que estar acostada.

La última vez que había hablado con alguien externo a la casa, había sido con su padre, para decirle que no podría seguir yendo a la sastrería. Él le preguntó la razón y ella no le dio demasiados detalles, solo le dijo que Fernando estaba molesto con ella y prefería evitar mayores dificultades. Su padre se entristeció un poco, pero aceptó la decisión porque no tenía otra opción.

A Laura le llevaba la comida a la habitación, pero ella no comía sino un par de bocados. No contestaba llamadas a su móvil, ni mensajes; solo estaba acostada llorando cuando no se encontraba dormida. Después de algunos

días, Carol llamó al número local para tratar de hablar con su prima, no sabía nada de ella y estaba muy preocupada. Laura le informó a Lucía acerca de la llamada, pero ella le pidió que le dijera que no estaba.

Laura simuló que hacía lo que Lucía le había pedido, pero en realidad le estaba diciendo a Laura que su prima estaba muy mal, que había peleado muy fuerte con Fernando y que desde ese día no se había levantado de la cama. Carol se preocupó mucho y decidió ir inmediatamente, pues sabía que no se encontraría con Fernando, gracias a la información que le había brindado Laura.

- Lucía... -Carol intentó despertar a su prima.
- Carol... ¿Qué haces aquí? –le preguntó Lucía despertando.
- Laura me dejó pasar.
- Si Fernando te ve...
- Él no está Lucía. Dime qué pasa. ¿Por qué no contestas a mis mensajes ni a mis llamadas?
- No me siento bien. –le dijo ella.
- ¿Qué tienes? –le preguntó Carol.
- No tengo fuerzas, no quiero hacer nada.
- Estás deprimida Lucía.
- Supongo.
- Me tienes muy preocupada. ¿Qué te dijo Fernando?, ¿qué fue lo que pasó? –le preguntó ansiosa Carol.
- En resumen, me dijo que no me daría el divorcio, que cuando mi bebé naciera sería dado en adopción y que iba a hacerme la vida imposible. Aún más. –le dijo con la voz entrecortada.
- ¿Qué es lo que quiere?
- No sé que responderte. –le dijo con la mirada baja.

- Lucía, no puedes dejar que te haga esto. Tiene mucho poder, pero no puedes darle más poder sobre ti. Te tienes que levantar de aquí y seguir con tu vida.
- No tengo nada Carol.
- Sí la tienes. Tienes a Santi, tu hijo que te ama muchísimo y que está muy preocupado por ti. Y ahora tienes a ese bebé que está en tu interior y que depende completamente de ti ahora. ¿Quieres que le pase algo?
- No, no. Jamás desearía algo así. —le dijo Lucía muy conmovida.
- Yo lo sé. Tú eres una madre estupenda. Así que tienes que quitarte esta depresión ahora mismo. Debes comer, tomar tus vitaminas, velar por tu salud. Después de eso, te prometo que encontraremos una manera de sacarte de este infierno y no vamos a entregar a tu bebé.
- No creo que sea posible.
- ¿Confías en mí? —le preguntó Carol.
- Si, por supuesto que confío en ti.
- Entonces créeme.
- Está bien. —accedió Lucía.
- Le diré a Laura que te haga un delicioso consomé y yo misma te lo daré. ¿Vale?
- Está bien.

Carol hizo lo que prometió, le dio el consomé a Lucía y hasta la ayudó a llegar al baño para ducharse. Mientras ella se duchaba, Carol le hablaba de otras cosas para despejarle un poco la mente. Hubiese sido ideal que ella se quedara, pero Fernando llegaría y se molestaría por su presencia, así que debía despedirse.

- Gracias por venir. –le dijo Lucía a Carol.
- No tienes nada que agradecerme. Sabes muy bien cuanto te amo. Y yo te prometí que no te abandonaría. No lo voy a hacer.
- Yo también te amo. –le dijo Lucía y abrazó a su prima.

Lucía se quedó de nuevo sola, pero ya se sentía diferente. Tenía el apoyo de Carol, a quien admiraba profundamente por su valentía. Sabía que ella encontraría una solución para la situación, o necesitaba creer que era así para aferrarse a la esperanza y así no decaer por completo.

Pasaron algunas semanas y a Lucía ya se le estaba notando el vientre abultado. No había regresado a la consulta médica y sabía que necesitaba tener un control, pero Fernando no la dejaba salir. No le quedaba otra opción, debía hablar con él y hacerlo entrar en razón.

- Debo ir al médico, al control del embarazo. –le dijo Lucía a Fernando irrumpiendo en su despacho.
- No me gusta que entres así. No vas a ninguna parte. –le dijo él.
- No me he sentido bien, tú sabes que un embarazo requiere de observación constante de un doctor.
- No me interesa. –le dijo él gritando.
- Entonces si me pasa algo a mí o a mi bebé serás el culpable. Te recuerdo que en mi familia hay casos de preeclampsia. Supongo que no querrás cargar en tu consciencia con la muerte de un bebé y su madre. –le dijo ella.
- Está bien. Mañana puedes ir.

Lucía se sintió tranquila, había ganado por lo menos esa batalla. Le escribió a Carol pidiéndole que la acompañara a la consulta. Ella le dijo que estaría encantada y que, además, podrían hablar de algo que se le había ocurrido.

Lucía aquel día, comenzó a acariciar su vientre y a hablarle a su bebé, diciéndole que ella haría lo que fuera necesario para que estuviera bien y que no los alejarían.

Al siguiente día, Lucía llegó a centro asistencial y ya Carol se encontraba allí. El doctor la recibió inmediatamente. Alzó su camisa, colocó un gel muy frío en el vientre de Lucía y comenzó a ver en un monitor unas imágenes incomprensibles ante ojos inexpertos.

- Tu nena está en perfecto estado. –le dijo el doctor mientras hacía unas mediciones.
- ¿Es una niña? –preguntó Lucía.
- Sí, es una niña. ¿No lo sabías? –preguntó él.
- No, no lo sabía. –dijo Lucía conmovida.
- Será una nena hermosa. –dijo Carol tomando de su mano.
- Les imprimiré algunas imágenes.
- Gracias. -dijo Lucía.

Según el médico, la niña estaba en perfectas condiciones; sin embargo, tenía un poco de menos peso del deseado, así que le fueron recetadas más vitaminas y una dieta para mejorar su alimentación. Al salir del consultorio, Carol le pidió a Lucía que buscaran un lugar para conversar y se dirigieron a un restaurante cercano.

- Te dije que pensaría en algo y tengo una idea. –le anunció Carol.
- Una idea para qué.
- La idea es para que Fernando no te pueda quitar a tu hija y eso nos dé más tiempo para pensar en cómo vamos a hacer que él te conceda el divorcio.
- Bien, ¿cuál es tu idea? –le preguntó Lucía con curiosidad.

- Les anunciaremos a todos tu embarazo. Así él no podrá darla en adopción porque todos sabrán de su existencia y si dice que le pasó algo a la bebé, causará una gran conmoción en la familia. Algo que seguramente no desea.
- ¿Qué? Pero cómo haré eso. No me deja salir de casa y no podré decírselo a todos. —dijo Lucia.
- No es necesario que salgas de casa. Aprovecharemos el poder de las redes sociales. Te haré una sesión de fotos artística y postearás las fotografías anunciando la buena noticia. —Carol sonrió satisfecha.
- ¿Es en serio?
- Sí, claro.
- Creo que eso podría funcionar, pero Juan Antonio se enteraría. —se quedó pensativa Lucía.
- Así es. Por eso debemos decirle el plan antes de ejecutarlo.
- No Carol. Él no lo puede saber aún. Sería contraproducente. No sé qué sería capaz de hacer. Aún no estoy fuera del alcance de Fernando. —le dijo Lucía.
- Pero él va a pensar que es de Fernando y eso le va a doler mucho.
- Es por un bien mayor.
- No estoy de acuerdo con eso Lucía. No puede ser. —Carol se veía contrariada.
- Es una excelente idea Carol. Por favor, ayúdame a retener a mi niña. —le dijo con los ojos llenos de lágrimas.
- Está bien. —dijo Carol.
- Pero, ¿cuándo haremos la sesión de fotos?
- Ya mismo, cuanto antes mejor. Debemos aprovechar este momento que pudiste salir, ya que no sabemos para cuando se va a repetir.

- Me da un poco de miedo, pero está bien. Confío en ti. Vamos. —dijo Lucía de manera decidida.
- Vamos.

Carol y Lucía hicieron todo según lo planeado, lo más rápido posible para que Fernando no se diera cuenta que había ido a otro lugar. Las fotografías quedaron hermosas. Lucía las subió a todas sus redes sociales y Carol hizo lo mismo. Enseguida su padre la llamó para preguntarle por qué no le había dicho nada y ella le dijo que quería que fuera una sorpresa. Él se escuchaba muy contrariado y le preguntó muchas veces si se encontraba bien. Lucía trató de calmarlo, aunque le dolió mucho mentirle.

- Has visto últimamente las redes sociales. —le preguntó Lucía a Fernando cuando lo vio entrar por la puerta de la casa.
- ¿De qué hablas?, ¿qué clase de pregunta es esa? —le preguntó el molesto.
- ¿No? Bueno... Te alegrará saber que todos están muy contentos con la noticia de mi embarazo. Entre las felicitaciones más emocionantes estuvieron las de tu madre y hermanas, aunque también me conmovieron mucho la de tus abuelos y algunos socios.
- ¿Qué hiciste? —le preguntó él buscando su móvil en el bolsillo.
- Anuncié que estoy embarazada. Todos están muy emocionados. Así no podrás quitarme a mi hija y si se te ocurre hacerlo diciendo que la perdí en el parto, creo que todos sufrirán mucho. Sobre todo tu madre que perdió a su esposo hace tan poco tiempo.

Lucía se fue a su habitación, dejándolo solo viendo las redes sociales a través de su móvil; se encontró decenas de felicitaciones por el embarazo. Minutos después, tuvieron una nueva y fuerte discusión, pero no había nada que hacer.

Todos sabían que ella esperaba a una nena, por lo que no podría quitársela. Él le juro que iba a encontrar la manera de vengarse de lo que había hecho. Lucía sabía que había ganado de nuevo, pero sabía muy bien que él no se quedaría de manos cruzadas.

Seguramente Juan Antonio habría ya visto las imágenes y sabría que estaba embarazada; sin embargo, no recibió ningún mensaje de él. Lucía se sintió triste, quizás no las había visto porque ya no estaba pendiente de ella, quizás las había visto pero no le importaba o quizás las había visto y el dolor que le causo fue tal que no quiere saber más de ella. Cualquiera de las opciones eran terribles y le hacían sentir el corazón desolado; pero se dio fuerzas pensando que tenía que mantenerse fuerte por su hija.

- ¿Cómo se va a llamar la bebé, mamá? –le preguntó Santi mientras le acariciaba el vientre.
- Aún no lo sé mi amor. –le respondió ella.
- ¿Le puedo poner nombre? –le preguntó Santi.
- ¿Quieres hacerlo? –le preguntó ella sorprendida.
- Sí.
- Está bien. Dime, ¿Cómo quieres que se llame? –ella se sintió emocionada.
- Paula, me gusta mucho ese nombre. –le dijo Santi.
- Me encanta también. Entonces se llamará Paula.
- Hola Paula. Te quiero mucho. –Santi le habló al vientre de su madre.

Laura estaba muy conmovida por el cariño que le demostraba su hijo a ella y a su hermana que aun no conocía. Tuvo que disimular las lágrimas de emoción que salieron de sus ojos. Ese momento fue memorable para ella, un oasis en medio de un desierto; un trozo de felicidad robado. Ella le dio un

beso y un gran abrazo a su hijo.

Pasaron algunos días y Fernando no había hecho nada que la perjudicara. Eso la tenía a la expectativa. Él le había demostrado últimamente que era capaz de cualquier cosa. Se preguntaba si tramaba algo o en realidad había podido ganar esta batalla. Entonces él la sorprendió con algo realmente inesperado.

- Lucía, mañana vienen a cenar a casa mi madre y mis hermanas. Quiero que estés preparada. —le dijo Fernando.
- No suelen venir a cenar. ¿A qué se debe? —le preguntó ella.
- Quieren verte y celebrar lo de tu embarazo.
- ¿Y tú estás de acuerdo con eso? —le preguntó ella.
- Yo no diría de acuerdo. Escapa de mis manos. Están muy emocionadas con esa situación. Sobre todo mi madre.
- Okey. Entonces quieres que actúe como si todo estuviera normal.
- ¿No es lo que hacemos siempre? —le preguntó él con ironía.
- Sí, pero ahora las cosas son muy diferentes, ¿no?
- ¿Lo harás o no? —él le preguntó de manera impaciente.
- Lo haré, pero debo poder salir de esta prisión. Quiero poder visitar a mi padre cuando lo desee o salir a comprar algunas cosas a la nena. —le dijo ella como condición.
- Está bien. —dijo él entre dientes y se fue.

En ese momento, Lucía tuvo la sensación de que sí había ganado esa batalla y sintió un poco de tranquilidad. La familia de Fernando llegó para la cena programada y Lucía las recibió más atenta que nunca. La madre de Fernando no podía dejar de tocar el vientre de Lucía y decirle lo feliz que la hacía esa nueva integrante de la familia. Las tres miraban con ojos de admiración a Fernando y se notaba que a él le agradaba mucho esa situación.

- Todo salió bien, ¿cierto? –le preguntó Lucía a Fernando una vez que su familia se había retirado.
- Sí, es cierto. –respondió él.
- Perfecto. Buenas noches. –ella se retiró a su habitación.

## IX



Pasaron varios meses y Paula crecía sin inconvenientes en el interior de Lucía, quien cada día sentía mayor emoción por tener a su pequeña en los brazos. Aun no había nacido y Lucía ya sabía que Paula era una amante del chocolate, al igual que ella; pues tan sólo bastaba con que sintiera el olor de un chocolate, para que la pequeña se pusiera a saltar y patear en su vientre. En ocasiones, Santi le llevaba chocolate a su madre solo para sentir cómo Paula se movía.

Lucía no sabía nada de Juan Antonio; eso la perturbaba por momentos, pero procuraba no pensar demasiado en ello y solo concentrarse en estar sana para su hija. A veces no lo lograba y entristecía un poco; pero la idea de que llevaba en su vientre el fruto de su verdadero amor, la hacía sentir más tranquila. Aunque no volviera a ver a Juan Antonio, cada vez que viera a su pequeña, ella recordaría que hubo instantes en los que fue realmente feliz. Por ahora, eso le bastaba.

- ¿Cómo te sientes? –le preguntó Doménico a Lucía sentados en la sala de su casa.
- Pues lo usual de un embarazo avanzado papá. Dolor de espalda, dificultad para dormir y pies hinchados; pero vale la pena.
- Imagino que ya no puedes esperar el momento de tenerla en tus

brazos. –le dijo él con una mirada emocionada.

- Sí, ya quiere tenerla conmigo.
- Sé puede que sea muy cursi, pero no puedo evitar recordar cuando tu madre estaba embarazada de ti. Estaba tan emocionada, deseaba verte, hablarte, cargarte. Constantemente te hablaba y te decía que lo que más deseaba en la vida era que fueras feliz, que fueras quién quisieras ser y que encontraras en tu vida un amor tan grande como el que nosotros teníamos. Tu madre era un ser verdaderamente especial. –Doménico no pudo evitar que una lágrima corriera por su mejilla.
- No te pongas triste papá. –ella tomó su mano.
- Muchas veces me pregunto si hice un buen trabajo o si ella hubiese hecho las cosas diferentes. Sé que si ella hubiese estado con nosotros, tú habrías sido más feliz.

Lucía sintió cómo su corazón empequeñeció con esa conversación. Su padre nunca le había dicho nada así; seguramente tenía claro que su hija no vivía como lo hubiese deseado ella misma, pero no quería decirlo de manera directa. Ella no lo culpaba, sabía que la manera como se había dado su vida, era el resultado de malas decisiones y probablemente de falta de valentía. Esa conversación caló profundamente en la mente de Lucía.

- Hola Lucy, ¿cómo estás? –Carol le escribió un mensaje de texto a Lucía.
- Hola. Estoy bien, el insomnio y los pies hinchados son lo mío. –le respondió Lucía sonriendo.
- Ánimo chica, ya falta muy poco. ¿Cuándo es tu próxima consulta de control? –le preguntó Carol.
- Es el martes de la próxima semana.

- Perfecto. ¿A qué hora paso por ti? –le escribió su prima.
- ¿Pasarás por mí? No es necesario, si quieres ir conmigo nos podemos encontrar en el consultorio. –le respondió Lucía.
- Estuve leyendo que no es recomendable que una mujer con un embarazo tan avanzado como el tuyo esté manejando; así que yo iré por ti. Dime la hora. Es mi última palabra.
- ¿Has estado leyendo?, ¿desde cuándo tan interesada en asuntos de embarazos? –le preguntó Lucía.
- No te burles de mí. Sabes que ustedes dos me importan mucho. Estoy esperando que me digas la hora.
- Está bien. Debo estar allá a las diez de la mañana. Te espero a las nueve en punto. No llegues tarde, mira que te conozco. –le advirtió Lucía.
- Estaré allí puntualmente. Las quiero mucho.
- Y nosotras también te queremos mucho a ti. Bye. –Lucía se despidió.

El vientre de Lucía crecía cada día más, esto emocionaba mucho a Santi; quien le hablaba a Paula todos los días. Él le contaba de lo que había hecho en la escuela, de los entrenamientos de fútbol y también de lo mucho que quería que naciera ya mismo. Por las noches, antes de dormir, Santi le leía sus cómics preferidos a Paula y le daba un beso en el vientre a Lucía antes de dormir.

- Serás el mejor hermano mayor del mundo. –le decía Lucía todas las noches.
- Lo sé. -le decía él y le daba un beso en la mejilla antes de irse a su habitación.

A quien no le causaba mucha emoción el tamaño del vientre era justamente a

Lucía. Era muy difícil para ella encontrar una posición en la que se sintiera cómoda para dormir; cuando por fin la encontraba, se quedaba dormida y las ganas de orinar se hacían incontrolables. Entonces debía levantarse lo más rápido posible al baño y al regresar a la cama, no encontraba de nuevo aquella posición ideal.

Ella comenzó a aprovechar las noches de insomnio para hablarle a Paula, tal cual como su padre le dijo que su madre hacía cuando estaba embarazada. Le decía a la pequeña lo mucho que la amaba, le contaba de lo maravilloso que era el amor, le hablaba de lo importante que era conseguir la felicidad en su vida. Si hay algo que deseaba Lucía para su hija era que tuviera una vida completamente diferente a la de ella.

Por momentos, Lucía sentía miedo de no poder salvar a su hija de la desdicha. Paula pensaría que Fernando era su padre y seguramente él la trataría con distancia; eso resultaría muy duro para la niña. Ese era uno de los temores constantes de Lucía, que desde la infancia comenzara a ser infeliz por el desprecio de quien ella creería que era su padre.

También temía que Paula tomara decisiones erradas como ella lo hizo; pero era mucho peor el temor que sentía por no saber cómo comportarse para no convertirse en la carcelera de su hija cuando quisiera evitar que cometiera los mismos errores que ella. Eran asuntos lejanos, pero no podía evitar tenerlos muy presentes.

- Voy en camino a buscarte. —le escribió Carol a Lucía el día de la consulta médica.
- Bien, te espero. —le respondió ella.

Para tranquilidad de Lucía, Fernando estaba más distante y menos dominante hacia ella. Seguramente sabía que teniendo un embarazo tan avanzado, no era

mucho lo que ella podía hacer cuando estuviera fuera de la casa. Sin embargo, ella presentía que las cosas cambiarían drásticamente cuando Paula llegara a la casa. Era bastante probable que al tenerla frente a él su actitud se hiciera mucho más dura; al fin y al cabo, esa pequeña era la prueba viviente de que no había podido contralar a Lucía.

Carol llegó a la hora programada, recibió a su prima en el coche con una gran sonrisa, acarició su vientre saludando a Paula y arrancó camino a la consulta. Aquella mañana, Carol estaba mucho más habladora de lo habitual; le contaba a su prima acerca de modelos, campañas y otros asuntos laborales. También le habló de una chica que conoció y que había invitado a salir. Lucía estaba un poco abrumada y pensó que era un comportamiento un poco extraño, pero no se detuvo a pensarlo demasiado. Con el tiempo, había aprendido a aceptar que su prima a veces actuaba de manera extraña y le causaba gracia; además, le hacía bien para despejar la mente de su situación y problemas existenciales.

Al llegar, la secretaria del doctor le informó a Lucía que tenía algunas pacientes en espera antes que ella; así que tendría que esperar un poco. Lucía agradeció tener la compañía de su prima, pues por lo menos así podría conversar con ella y el tiempo no pasaría tan lento.

- Estaremos aquí un rato. —le dijo Lucía a Carol.
- Está bien. No estoy apurada y supongo que tú tampoco. Así podemos aprovechar de compartir un poco porque luego va a ser demasiado difícil. —le dijo Carol.
- ¿Por qué lo dices? —le preguntó Lucía a su prima, extrañada por el comentario.
- Pues cuando Paula nazca, estoy segura que toda tu atención será para ella y no estarás tan accesible.

- Bueno, sabes que un bebé necesita de muchos cuidados. —expresó Lucía.
- Sí, por supuesto. Oye, quisiera preguntarte algo un poco delicado.
- Okey, es extraño que me digas eso. Suelen preguntar cosas delicadas sin anunciarlas. ¿Qué es? —Lucía se propuso a escucharla con atención.
- ¿Has pensado en Juan Antonio? —le preguntó Carol.
- ¿Pensar qué exactamente?
- No sé, lo que sea. ¿Qué has pensado de él? —reformuló Carol.
- He pensado muchas cosas acerca de él, es difícil contártelas todas. Todos los días me pregunto por él. Si pensara en mí, si habrá conocido a alguien, si de verdad me amó, si aun me ama, si habrá visto las fotografías que publiqué, qué habrá pensado; en fin, he pensado miles de cosas. No sé qué en concreto quieres que te cuente. —le dijo con una voz que transmitía nostalgia.
- Entiendo. ¿Y qué sientes por él?, ¿aún lo amas? —le preguntó Carol a su prima.
- El amor cuando es verdadero no se acaba tan fácilmente. Sí, definitivamente lo amo; pero sé que no puedo estar con él, así que prefiero mantener la distancia. —respondió Lucía.
- ¿Y si pudieras estar con él, quisieras estar con él? —siguió preguntando Carol.
- No podemos estar juntos Carol.
- Pero si pudieran, si existiera alguna posibilidad mínima, ¿quisieras? —insistió Carol.
- Sí, claro que sí. Es lo que más deseo. Poder estar con él, decirle que Paula es nuestra hija y verla crecer con su padre. Él sería un padre genial, amoroso, comprensivo y muy tierno. —Lucía se quedó un

poco pensativa.

- Yo también lo creo. –dijo Carol.
- Pero duele pensar en eso, ¿sabes? Duele porque parece una fantasía, una ilusión demasiado lejana. Duele demasiado regresar a la realidad y darse cuenta que eso no va a pasar. ¿Así que por qué me preguntas eso? –le dijo Lucía a su prima.
- No quise hacerte sentir mal. Solo quería saber qué piensas, qué sientes. Hacía tiempo que no me hablabas de él.
- Trato de no hacerlo para ocultar mi dolor. –Lucía miró hacia abajo.
- Lo entiendo. Discúlpame.
- Está bien. –Lucía trató de sonreír un poco.
- Lucía, ya puedes pasar. –le dijo la secretaria del doctor.

Ella se levantó con cierta dificultad, ayudada por su prima, y caminaron al interior del consultorio. El doctor recibió a Lucía con mucha cordialidad, le preguntó cómo se sentía y le explicó que todas sus molestias eran perfectamente normales en esta etapa del embarazo. Debido a los antecedentes con su madre y a su primera pérdida, el doctor tenía un control muy riguroso en relación a la tensión arterial de Lucía. Así que antes de comenzar con el ecosonograma habitual, le midió la tensión.

- Está perfecta. Ahora acuéstate y vamos a ver a esa nena. –le dijo él con una amplia sonrisa en el rostro.

Lucía se sintió aliviada. No podía evitar que cada vez que le acercaban un tensiómetro, ella se sintiera nerviosa. No había sucedido sólo durante el embarazo actual, sino también con el primero y con el de Santi. Su primera pérdida no tuvo nada que ver con la tensión, pero ella no podía evitar asociar esa situación con lo ocurrido con su madre. Afortunadamente, siempre mantuvo la tensión dentro de los valores normales; incluso con la situación

de depresión que había vivido durante este periodo.

— Vas a sentir el gel frío, no te muevas. —le anunció el doctor.

Lucía estaba muy concentrada en lo que estaba haciendo el doctor; sin embargo, se dio cuenta que Carol estaba algo distraída enviando mensajes de texto, lo que le parecía muy extraño pues solía estar muy involucrada en las consultas. Pero simplemente lo asoció a lo que le había contada de una nueva chica en su vida; seguramente estaría hablando con ella.

— Esta niña esta perfecta. Las medidas con ideales, el peso también, sus movimientos son acordes con su desarrollo, está en posición y la maduración de sus pulmones esta excelente. Esta nena saldrá en un par de semanas. Todo está perfecto. No tienen nada de qué preocuparse. Solo debes tener un poco de paciencia con las molestias y estar atenta a los síntomas de parto que se puedan presentar. Recuerda tener todo preparado en caso de que se presente. Deberíamos tener una última consulta en unas dos semanas para chequear. —le explico con detalle el doctor.

— Gracias doctor. —le dijo Lucía demostrando un poco de nerviosismo.

— No estés nerviosa. Todo está perfecto. Tengo experiencia en esto y sé que este parto va a salir excelente. —le dijo el médico.

— Voy a tratar de estar tranquila.

— Es lo mejor que puedes hacer en este momento. —le sugirió él.

Una vez que salieron del consultorio, Carol le dijo a Lucía que antes de llevarla a casa necesitaba pasar por su estudio a buscar algo importante; a Lucía esto le pareció un poco extraño pero accedió sin ningún problema. En realidad no tenía nada que hacer en casa, ni la emocionaba la idea de llegar.

- Lucía, antes de entrar necesito que sepas que hice esto por tu bien y que creo que es la mejor oportunidad que tienes para ser feliz. –le dijo Carol a su prima mientras abría la puerta del estudio.
- ¿De qué hablas? –Lucía se sintió muy confundida por las palabras de Carol.
- Entra. –le pidió ella.

Lucía entró y sintió un fuerte mareo al creer entender de lo que hablaba su prima. Allí, en el estudio, parado justo frente a ella se encontraba Juan Antonio. Ella no supo qué hacer, sintió el impulso de huir y no comprendía bien de qué se trataba aquello. No lograba decir palabra alguna. Carol se acercó a ella y la sostuvo.

- Estás hermosa. –le dijo Juan Antonio.
- ¿Qué es esto?, ¿tú qué haces aquí? –preguntó afligida.
- Te lo vamos a explicar todo, pero necesitamos que te calmes y escuches con atención.
- Okey.
- Siéntate. –Juan Antonio le ofreció una silla.
- Juan Antonio lo sabe todo Lucía.
- ¿Qué sabe? –preguntó Carol.
- Sé que estás embarazada de mí, que es una niña, que se llamará Paula, sé que me amas tanto como yo te amo a ti. –le dijo él.
- ¿Cómo sabes todo eso?
- Yo se lo dije. –confesó Carol.
- ¿Por qué lo hiciste? –le preguntó Lucía a su prima con visible molestia.
- Lucía, yo merecía saberlo. Además, casi la obligué a decírmelo y a todo lo demás. Si te vas a molestar con alguien que sea conmigo;

pero necesito que primero me escuches con atención. Si después de escucharme, no quieres saber nada de mí; yo te dejaré tranquila aunque eso me rompa el alma por completo. –le dijo Juan Antonio.

- ¿De qué se trata esto? –preguntó nerviosa.
- Lo primero es que necesito que estés tranquila por tu bien y el de Paula. ¿Okey?
- Trataré. –dijo Lucía.
- Lucía, he comprado una casa en una ciudad lejos de aquí. Tengo un avión privado esperando para llevarnos a esa ciudad ya mismo, Y con llevarnos me refiero a ti, a Santi y a mí. Quiero que huyas conmigo. Yo deseo estar contigo y no soporto la idea de que Paula esté al lado de Fernando. Él la va a odiar y se lo hará saber día a día. Vámonos, ya. Es la mejor oportunidad que tendremos. –le dijo él con firmeza.
- Juan Antonio, no puedo. Él nos va a encontrar. No va a dejar que me vaya así con Santi.
- Yo los voy a proteger. Te juro que encontraré la manera. Podemos pelear esto. Él te ha maltratado mentalmente por años y hasta te llegó a pegar. Hay testigos de esto; Carol, las personas que trabajan en tu casa y tu propio hijo. No va a ganar. Necesito que dejes el miedo, que te atrevas por nuestro amor y por nuestra hija. Por favor. Iremos al instituto por Santi. Dile que no eres feliz, explícale. Yo sé que lo entenderá y que querrá estar contigo.

Lucía se sentía abrumada, sin saber qué hacer. Buscaba en su mente la respuesta y recordó la conversación que había tenido con su padre recientemente. Cuando su madre aun la tenía en su vientre, le pedía que buscara su felicidad y ella no había tenido la valentía de hacerlo por ella misma. Ahora que tenía a Paula dentro de ella, tenía la certeza de que tenía

que ser valiente para ser feliz y para que su hija también lo fuera.

— Sí. Vamos a hacerlo. —dijo Lucía.

Juan Antonio la abrazó con fuerza y ella no pudo evitar llorar por una combinación de miedo con alegría. No había tiempo que perder; los tres salieron inmediatamente en búsqueda de Santi. El plan era que Carol entraría al instituto diciendo que a la madre de Santi se le había presentado el parto y que ella debía llevarlo. Y así fue, cuando a él le preguntaron quien era ella, él contestó que era su tía y se quería ir a ver a su mamá. Todo fue muy convincente, pues él no sabía nada y de verdad creyó que eso estaba pasando.

Santi se sorprendió al ver a su madre, pero ella le explicó lo mejor que pudo todo lo que estaba pasando y le dijo que solo lo harían si él estaba de acuerdo. Parecía demasiada responsabilidad para una persona de su edad, pero él pareció comprender todo muy bien; pues sabía bien lo que pasaba entre sus padres y cómo era su padre. Así que estuvo de acuerdo, lo que sorprendió mucho a la propia Lucía.

Durante todo el camino hacia el aeropuerto, Lucía se sentía perseguida, observada y aterrada. Temía que en cualquier momento Fernando se cruzara en su camino. No pudo estar calmada sino hasta que vio por la ventana y solo podía ver nubes; y volteó a su lado y vio dos de sus más grandes amores. Entonces comprendió que ya era libre.

